

5

Ideología, identidades y ciudadanía

Una frontera: dos márgenes abordadas desde las orillas del pensamiento

Intelectuales y política: Real de Azúa y Hernández Arregui

Susana Mallo Reynal⁽¹⁾

El papel otorgado al pensamiento y la política en el ‘anhelado’ cambio social ha sido tratado desde las más diversas ópticas: sistema político, sistema electoral, teoría política, teoría social, ciencia política. Si bien desde las diversas perspectivas se dio respuesta a los cambios políticos que han transformado en estos últimos años la fisonomía de Argentina y Uruguay, consideramos que estas interpretaciones han sido parciales o quizás incompletas, por lo que, en este trabajo, nos planteamos un enfoque desde otra mirada. El objetivo del trabajo es brindar marcos conceptuales y herramientas de análisis que aporten elementos de discusión sobre los conflictos que se generan entre la posición del intelectual y la del político respecto al problema del poder y el campo ideológico.

Introducción

El abordaje se realizará a través de la investigación biográfica de la construcción del pensamiento, comparando el recorrido de ‘posiciones’ en las que se fueron ubicando dos intelectuales rioplatenses – Hernández Arregui (Argentina) y Real de Azúa (Uruguay)- *en relación* a los otros actores y campos sociales de mediados de siglo.

Se plantea abordar la temática de la construcción del campo político e intelectual, definir principios unificadores y regularidades del campo, sus prácticas y ‘reglas’ explícitas e implícitas, criterios de inclusión/exclusión, los intereses de sus actores, cómo se relacionan, cuáles son las tensiones principales entre los dos campos. Ello se implementará a partir de la biografía de dos pensadores y la re-construcción del recorrido de su pensamiento respecto a los conflictos de su tiempo.

Analizar la trayectoria de las ‘posiciones’ particulares que van tomando los autores escogidos, ya sea a lo largo de sus biografías, a través de sus obras y las discusiones articulares que plantean en relación a otros actores de su época, más que un límite -por su *singularidad*- significa una elección y propuesta metodológica rigurosamente científica. Mediante ella se aborda un ‘corpus’ de ideas y se establecen relaciones significativas dentro de un espacio ideológico definido en un contexto temporal.

Nos proponemos *reconstruir* el recorrido que dos intelectuales establecieron en su época, incorporando la historia de los cuerpos a las ideas, el tiempo histórico al tiempo vital, integrando el

1 Con la colaboración de la socióloga Anabel Rieiro

'creador' a su 'creación' en un análisis relacional del autor con otros agentes, enfoque para el cual se hace imprescindible reconstruir el contexto en el cual interactúan.

De aquí se deriva un segundo objetivo, la reconstrucción del contexto político de ambos países, identificando algunos factores históricos que enmarcan las discusiones principales a través de las que estudiaremos las estructuras de prácticas e ideologías de la época.

Rescatar la memoria de dos autores y sus obras no será el fin, lo que convertiría a este ensayo en un análisis historiográfico, sino la estrategia por la cual descubrir regularidades en las que se constituyen relacionalmente el campo intelectual y el campo político; característica que, por lo demás, se imponen como central en cualquier análisis sociológico.

¿Por qué comparar *biografías intelectuales* en dos países del Cono Sur Latinoamericano como Uruguay y Argentina? Sin desconocer las diferencias y distancias de la forma de integración política y social que ambos países presentan, su acción colectiva, su integración de valores, su cultura política y vida cotidiana, poseen elementos comunes para justificar la posibilidad de comparación entre ambas orillas partimos de una mirada histórica de larga duración. Esta mirada arroja el tránsito que va de la creencia compartida en un destino común, como se evidencia en el pensamiento artiguista, hacia la constitución de entidades Estado/ Nación soberanas e independientes.

A partir de este telón de fondo, que posibilita la comparación, se reconocen diferencias claves para nuestro análisis. A modo de ejemplo señalamos las siguientes características de la sociedad Argentina: los rasgos más autoritarios de dicha sociedad, no por ello menos igualitaria, aunque sí integrada por una cultura institucional que no ha permitido la autoconciencia del arraigado autoritarismo y las formas crecientes de violencia a él asociado. Contrapuesta a esta breve descripción, en Uruguay, las instituciones han gozado de la credibilidad y el respeto de su pueblo con excepciones limitadas en el tiempo. Sin duda, los vaivenes en los saberes dentro del campo intelectual requieren la atención del historiador o sociólogo de la cultura, en la medida en que se articulan con los núcleos más influyentes de las ideologías, problemática que cuenta con mayor difusión dentro de la intelectualidad crítica.

¿Desde qué período y cómo enfrentar el desafío de esta propuesta? Se analizará el papel del intelectual y su relación con el poder entre mediados de la década del 40 y la primera mitad de los 70, época en que coincide la ruptura del 'orden institucional' en ambos países. Recomponer el período significó una relectura de los acontecimientos, tanto en el campo político como el intelectual. del proceso de modernización cultural que cubre desde mediados de los 50, hasta el mítico 68, y que configuró cambios irresolubles hasta nuestros días.

El énfasis en la década del 60 y 70 se justifica por considerarlas de alta polarización ideológica y también a significar "principio y fin de una generación" que intentó romper con viejas estructuras del pasado, adquiriendo compromisos distintos y proyectos que se apartaron de viejos caminos; fueron tiempos en el cual cuerpo, sexualidad y política se con juntaron en un ideal común de cambio.

La forma de configuración histórica bipolar en los sistemas partidarios rioplatenses, exige un profundo debate sobre la posición que el intelectual debe abordar respecto al poder político, y pensamos que la distancia en el tiempo nos permitirá abordar y aportar elementos desde una época también altamente politizada ideológicamente. No por ello, proponemos que pueda realizarse una transferencia mecánica de los hallazgos a nuestro tiempo, sino aportar elementos para un debate general del papel del intelectual en procesos de cambio político y social.

El optar por una investigación dentro del género ensayo, comparando dos casos a través de un abordaje biográfico, significó revolver viejas bibliotecas -y quizás muy nuevas- para encontrar dos figuras que contrastadas simbolizaran el ideal y los conflictos del intelectual comprometido de esta época.

Para el caso uruguayo, no nos cupo ninguna duda, Carlos Real de Azúa significa la originalidad, la inteligencia, la ruptura de los cánones establecidos no sólo para su época sino también para el tiempo presente y futuro. Estamos ante un intelectual que rompe todas las normas y trayectorias del “pensamiento ilustrado convencional”.

Su mirada desde otro lugar construye un pensamiento que deja de lado viejos movimientos y configura una nueva historia. Aun, siendo uno de los pensadores que más ha aportado al debate nacional sobre las cuestiones del poder y las elites dirigentes, como nos dice Emir Rodríguez Monegal “es sin duda alguna el que escribe peor, el que organiza más desordenadamente sus libros y es el que ha padecido menos popularidad. Todo eso no impide que Real sea el ensayista más valioso, el más típicamente fermental y enriquecedor de su período”².

Su vida es un constante romper para armar. Es un intelectual outsider, o para decirlo con palabras de Hanna Arendt un ‘paria’. No pertenece, pero tampoco quiere pertenecer. Su vida marca posiciones paradójicas, intentando integrarse a estructuras políticas pero no manteniéndose en ellas. Intenta mantenerse en los márgenes de los lugares comunes, desprecia el pensamiento adocenado, lo considera estéril y una actividad pseudocientífica. Como opina Lisa Block... “por la vastedad y variedad de sus temas, por la perspectiva universal con que consideraba las particularidades del acontecimiento local, por la profundidad hasta ahora incomparable de sus numerosos trabajos, por el estatuto fronterizo que defendía como voluntad para instalarse en los bordes epistemológicos, por su aproximación a los aspectos geográficos, histórico políticos, sociológicos, que deberían contribuir a la formulación y consolidación de los criterios teórico-críticos necesarios para abordar los temas que nos interesan, la atención a Real de Azúa parecía particularmente pertinente”³

Para el caso argentino, la elección del intelectual resultó compleja. La clara división que partió y de alguna manera sigue partiendo al país, entre peronismo y anti-peronismo condicionó la elección. Dentro de la *intelligentsia* del peronismo, sólo encontramos un núcleo relativamente pequeño de intelectuales que se alinearon en el denominado campo popular: Jauretche, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui o, desde otras áreas de la cultura, Homero Manzi, Leopoldo Marechal o el inolvidable Enrique Santos Discépolo.

La intelectualidad “respetada” del campo opositor se unió en la legendaria revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo con la colaboración de Borges, Bioy Casares, Sábato, Martínez Estrada. A este grupo se le sumaba la ‘inteligencia’ expulsada de la Universidad: Francisco Romero, José Luis Romero, Murena.

Hemos elegido, abordar el pensamiento y la vida de Hernández Arregui, dada su posición paradójica entre el peronismo, pero su crítica independiente que lo sitúa siempre desde sus márgenes. Justificación metodológica ¿por qué comparar?

2 Rodríguez, Monegal: “Imagen estereoscópica de Carlitos Real” en Vigencia de Carlos Real de Azúa . Banda Oriental. Montevideo, 1987. Pág. 80.

3 Block de Behar, Lisa La visión crítica de Carlos Real de Azúa: el impulso y su freno en ‘O discurso Crítico na América Latina’ Instituto Estadual do livro. Editora Unisinas. Brasil, 1996. Pág. 138.

Todo ejercicio de comparación entraña una cuota de arbitrariedad. En primer lugar, porque en la vida de las sociedades se registra un vastísimo juego entre lo general y lo particular. En un estudio comparado, en primer lugar, luego de cierto proceso inductivo, el investigador sabe que puede arriesgar sus hipótesis legaliformes, mientras que las interpretaciones son siempre provisorias. En segundo lugar, cuando se comparan dos países no solamente hay que preocuparse por el problema de sus magnitudes, sino además por los ritmos, los contornos y las articulaciones internas, por los tiempos históricos y sus impactos sobre los actores sociales.

Trataremos de dar cuenta de esta tensión entre lo general y particular, partiendo a nivel general, de la comparación de dos países estudiados en un mismo período: Argentina y Uruguay a mediados de siglo pasado. La elección de estos contextos se justifica por presentar ciertas propiedades comunes que posibilitan la comparación, a la vez que permite el examen sistemático de las diferencias y contrastes. “Si la comparación tiene el mérito de sistematizar contrapuntísticamente lo semejante y lo diferente, habrá de tener también la obligación de disolver el dualismo”⁴. Nos preocupan los tiempos que están ínsitos en los fenómenos y en las explicaciones. Y no precisamente porque los tiempos de una serie cronológica no coincidan, antes bien los que hay que determinar –para que el estudio comparado pegue un salto cualitativo– son las pautas específicas de evolución, los recorridos de las subjetividades sociales y los márgenes de normalidad. Desde esta perspectiva intentaremos incorporar al estudio la singularidad de dos biografías concretas insertas en estos procesos más amplios. El abordaje de dos intelectuales claves en dichos contextos: Hernández Arregui y Real de Azúa, nos permitirá la conexión entre lo general y lo particular, que se buscará a través del estudio del campo ideológico de la época, la inserción y análisis del recorrido teórico y biográfico de dichos autores.

De todas formas, al comparar, la arbitrariedad se convierte en excusa, y con ello inmediatamente se adquiere la certeza de transitar por espacios infinitos, los cuales son delimitados por la colocación de adjetivos a los rasgos de la realidad social que se nos presentan como arquetípicos. Con sus distintos énfasis, los adjetivos otorgan sentido y connotación, poseen elasticidad simbólica y admiten un sinfín de puntualizaciones; por el cuajo, sustituidos por otros y coronados por una multiplicidad de nuevos adjetivos. En última instancia, comparar es readjetivar y reexplicar.

Verifiquemos por ejemplo: en el año 1916, el triunfo en la arena electoral de la convergencia político-social antibatllista, clausura toda una etapa de profundidades reformistas. En el mismo año, y también en la arena electoral, las estrategias políticas del régimen oligárquico argentino se desvanecen ante la irrupción triunfadora de la Unión Cívica Radical. Semejante contrapunto podría continuarse ad infinitum, y en cada caso señalar un antes y un después, advertir precocidades y retrocesos. Diagnosticar comparativamente sobre la base del adjetivo, sin más. ¿Experiencias prematuras o experiencias tardías con relación a qué?, ¿es acaso la propia comparación la que genera un ordenamiento temporal?, ¿o bien al comparar eliminamos el tiempo y la historia?

Comparar es demostrar, y demostrar es eliminar una o varias posibilidades. Saber es comparar y como nos dice Lisa Block, “comparar y conocer se asocian en una acción epistemológica común ya que no es posible *com-par-ar* sin asimilar, sin remitir –que no es reducir– a tipos o categorías aquello que no tiene par o, precisamente, por no tener par se considera. ¿Cómo conocer sin abstraer, sin generalizar, sin la construcción de paradigmas que se desconstruyen consecutivamente, una tipología

4 Susana Mallo, Rafael Paternain, Miguel Serna- Modernidad y Poder en el Río de la Plata- Colorados y Radicales. Udelar-FCS. Editorial Trazas. Uruguay, 1995.

que la singularidad de la obra y del pensamiento impugnará en cada caso?”⁵. En los estudios socio-políticos se compara permanentemente, se quiera o no, ya sea con otros, ya sea con nuestro propio pasado. Y en ese reflejo siempre hay una pretensión: de verdad o de verificabilidad. Comparar, para comprender hermenéuticamente y para achicar la distancia –nunca salvable– entre el concepto y la realidad. Pero para comparar hay que poseer una excusa y sustentarla arbitrariamente.

Explicitemos la arbitrariedad: la gran polarización ideológica-política vivida en ambos países durante la época elegida, nos permitirá aportar elementos para pensar el rol de los intelectuales y la política dentro de un campo ideológico. Ante la dificultad de analizar un campo ideológico que se presenta como autoevidencias de la época, la comparación nos permitirá objetivar particularidades de cada contexto, facilitando el análisis sociológico.

A pesar de los paralelismos encontrados en ambos países, recordemos que en el Uruguay “*todo pasa por lo político*”, habiendo predominado la visión funcional del sistema en su conjunto, es lo que Real de Azúa diagnostica como la absorción de la cultura por parte de la política, consecuencia del Estado batllista protector –de sus intereses–. En el caso argentino, la competencia interpartidaria aparece solapada y reprimida por el enorme peso de las sucesiones hegemónicas: la oligárquica, la radical, la peronista, la militar. Las dimensiones culturales, sociales y políticas se han mantenido unidas ‘a la fuerza’ del sistema político. Variable partidaria y variable corporativa, heterogeneidad del subsistema partidario, inestabilidad institucional: en cualquier caso, la dinámica partidaria nunca se ha extinguido, ha jugado su rol y se ha vinculado en múltiples y sinuosas alianzas. Las constantes rupturas en la vida política argentina –a partir del 6 de setiembre de 1930– alientan una imagen compuesta de cambio, mutaciones, sucesiones de elencos, reapariciones, expulsiones, reagrupamientos, etc: todos han tenido su oportunidad única y relativamente breve de consagrar sus predominios, auténtico soliloquio político en donde cada cual deja su huella.

En el Uruguay, como ya se sabe, la madeja posee otra consistencia. Mucho se ha discutido la poderosa hipótesis de la centralidad de los partidos en nuestro sistema político, cuyas raíces se hunden en el rico siglo XIX uruguayo. El entrelazamiento recíproco, las funcionalidades integradoras de los partidos, la perdurable institucionalización del pacto y de la transacción, la valoración casi obsesiva de la esfera electoral para dirimir las diferencias, han estigmatizado durante muchas décadas al sistema político uruguayo como homogéneo y estable. En la configuración moderna de la matriz original de nuestro sistema político, se ha creído hallar una simultaneidad entre los procesos de modernización socio-económica y la ampliación de la ciudadanía política. Sumado a ello, la acción del primer batllismo supuso una ampliación en el campo democrático-social en detrimento de una legitimidad acabadamente liberal del orden político. La debilidad congénita de las clases hegemónicas –y los severos cuestionamientos a sus cualidades dirigentes–, la igualmente implantación del Estado (no obstante lo cual pudo erigirse un centro “organizador”, “regulador” del equilibrio globalizador de la sociedad), la no operancia de clivajes sociales y regionales de mayor magnitud, la consuetudinaria indefinición entre lo público y lo civil, etc., posibilitaron que las profundas rivalidades partidarias se acuñaran en fuerzas políticas destinadas a modelar todo un sistema y articular un mapa de relaciones específicas con la sociedad civil y el Estado.

Los diagnósticos que se han ofrecido, desde un punto de vista descriptivo, no merecen mayores objeciones. Sin embargo, tanto en el caso argentino como en el uruguayo, hablar de “de-

bilidades” y de “fortalezas” es extremadamente relativo y se asocia generalmente con los desvíos standard con relación a una normal trazada históricamente, patrones que actúan como marco del campo intelectual. Es así que, comparar no significa explicar, sino que la propia explicación conlleva una rígida comparación.

Al insertarnos en el análisis del intelectual y la política, se hace necesario contemplar la dinámica de los partidos políticos. Al creer en el concepto de función de los partidos y considerar autoevidente la categoría de partidos -lo que marca nuestro campo ideológico- se establecen relaciones predeterminadas entre los procesos de institucionalización y los de democratización, volviendo la autonomía de lo simbólico y convalidando muchas veces las estrategias doctrinario-ideológicas que emanan de las pretensiones de validez de los discursos. Al creer en la centralidad de los partidos uruguayos y en la marginalidad de los argentinos -hipótesis con amplios planos de veracidad- se está a un paso de sentenciar: fortaleza para unos, debilidad para otros, nuevamente considerando no problemática la categoría de *partidos*. Las pautas de relacionamiento, las contingencias de la interacción, la intensidad de los voluntarismos y la determinación de los rasgos psicosociales y estructurales, permiten en cada caso -allende los operativos sistémicos- la emergencia de una forma partidaria concreta, cuyas características son pasibles de reconstrucción. Los cortes en latitud de la individualidad histórica relativizan los cortes longitudinales de la perspectiva sistémica.

De todas formas, pues, las vicisitudes de la vida política uruguaya evoca una cierta idea de organicidad, simetría y coexistencia ordenadora de claves plurales. Tal vez, dicha simultaneidad obedece a la temprana conjugación de patrones de formaciones sociales distintas. Por el contrario, el desarrollo del sistema político argentino es errático, entrecortado y alternado, menos por la debilidad de la variable partidaria que por la delgadez de un sistema de reciprocidades basada en desequilibrios irreductibles pretensiones de verdad.

La afirmación hay que asimilarla en el más provisional de los sentidos. Al hablar de conjugación hacemos mención a lo propiamente contingente, casi como un principio de articulación. Habermas, ha distinguido cuatro tipos de formaciones sociales: altas culturas, tradicional, capitalista-liberal y post-capitalista. En cada tipo se delimita su principio de organización social, o sea, “la capacidad que una sociedad tiene de aprender sin perder su identidad”, estableciendo, a su vez, “qué sistema parcial de una sociedad poseerá el primado funcional, es decir, presidirá la evolución social”.

En rigor, los principios de organización de una sociedad definen “campos de posibilidad para la evolución en cada una de las tres dimensiones del desarrollo (producción, autogobierno, socialización), y determinan: a) el modo en que integración sistémica e integración social pueden diferenciarse funcionalmente; b) las situaciones en que amenazas a la integración sistémica tienen que convertirse en amenazas a la integración social, y por tanto en crisis, y c) las vías siguiendo las cuales los problemas de autogobierno se transforman en amenazas a la identidad, es decir, el tipo de crisis que prevalece”.

Por muchos motivos, durante los años del primer batllismo, la sociedad uruguaya canalizó elementos propios de una formación social tradicional -principio de organización de clases que posee forma política, extensión de un aparato burocrático de dominación, autonomización y profesionalización del centro de autogobierno de la sociedad, etc.-; otros que son exclusivos de una formación liberal: aunque un capitalismo liberal de competencia nunca operó en el Uruguay ya que no existió un “Estado fiscal” (en la excepción de Max Weber) como institución complementaria del mercado autorregulado,

pueden reconocerse, empero, tareas clásicas del estado capitalista de competencia que aseguran que el proceso de reproducción de la vida social sea, en puridad, capitalista. Mencionemos, por ejemplo: defensa de los contratos civiles (policía, magistratura), legislación de protección al trabajador, complemento de premisas de la producción en el ámbito de la organización económica (educación pública, medios de comunicación, transporte), adecuación al derecho privado a las necesidades que surgen del proceso de acumulación, etc.

Sin embargo, la diferencia con una formación social liberal acabada, nuevamente, está en que no existió un mercado legitimador, ya que semejante tarea quedó en manos del aparato estatal. Y aquí emerge limpia -como la esencia platónica- la llave explicativa de este complejo fenómeno: el Estado. Emerge y señala que la sociedad uruguaya durante el primer batllismo posee, además, condimentos de una formación social típica de un *capitalismo tardío o de organización*. El Estado es juez y parte, y se expande económicamente a través de los servicios públicos, del fomento de bienes de consumo (protección a la industria) y del considerable impulso del saber técnico. Las políticas de nacionalizaciones y de estatizaciones llevadas a cabo por el partidismo quedarán siquiera como ejemplos válidos de esa alteración económica.

Entonces, como dice Rafael Paternain "la comparación no siempre es el terreno de la desesperanza. En un mundo transnacionalizado y globalizado, pero que sin embargo alienta los integristas, el racismo y la marginación, una producción intelectual y académica, basada en el deslinde y en la relativización de las pretensiones de sentido de los actores sociales, le otorga un ingrediente de interés adicional a los procedimientos comparados"⁶.

La comprensión de las matrices originales y las peripecias de nuestros campos ideológicos y sistemas políticos aún demandan una teoría de la evolución social en clave histórica. Dicha teoría tendrá que sentar las bases tipológicas -situacionales- a partir de las cuales se desenvuelven y gravitan las existencias históricas. La estabilidad o la ruptura de hegemonías o sistemas jamás se explican a partir de sí mismas, sino que aquí también entran a tallar la subjetividad y la intersubjetividad de la voluntad históricamente organizada.

El incansable papel de los intelectuales

El papel del intelectual a lo largo de la historia ha fluctuado entre la categoría de un artesano hasta la de un extraño intransigente y crítico que al no participar de ninguno de los problemas no necesita llegar a compromisos. Algunas características de la *intelligentsia* se origina de su 'desarraigo' y su tipo de ideación que dependen de las circunstancias sobre las que puede llegar a realizar una reflexión articulada.

Mannheim⁷ define a este grupo constituido por su posición diferencial en la cultura, como un sector desplazado o ascendente, una capa social bloqueada en su posibilidad de éxito. Significa que en la vida cultural, cada uno de ellos se desliga cada vez más de una clase determinada. Tienden a cristalizar las convicciones dominantes en su sociedad. La naturaleza del intelectual varía de una cultura a otra, pero sin duda su papel está directamente ligado a su asunción en las funciones claves de la sociedad.

6 Paternain R. Op. Cit.

7 Mannheim (1967) Pág. 163-177

Las variaciones pueden ser muchas. Sin duda, un intelectual integrado establecerá las normas de una cultura para una minoría dominante y a través de ellas para la sociedad en general. Es lo que Mannheim advierte como 'eslabones de la conexión entre la dinámica social y la ideación', produciendo ideas e ideologías que *justifican* relaciones de dominación. Así, los hombres de letras de las instituciones como los partidos políticos estables y tradicionales, crean su propio intelectual orgánico.

Siguiendo con el pensamiento de Mannheim, se puede analizar la diversidad de la *intelligentsia*, diferenciándola y valorándola a partir de cuatro criterios de cultura y educación: 1) el tipo de *labor manual o intelectual*, 2) la remuneración -el *profesional libre* y el *poseedor de un oficio*- se distingue al intelectual de los funcionarios políticos que están bajo la disciplina de las organizaciones y que reciben un salario por ello. En este caso la autonomía del intelectual está más ligada a la conformación de un ideario que de respuestas a los cambios de sentido en la sociedad, en un proceso de homogeneización y control. 3) posesión de cierto 'capital cultural' -*cultos* y *no cultos*- el término 'culto' es definido para Mannheim como el status que la sociedad le otorga a ciertos personajes que se reúnen alrededor de la mesa de la fonda preferida y se mantienen en contacto, interactuando tres principios de intercambio: cultura, rango y renta. El hombre culto es el que se mantiene *en rapport* con el estado de nuestros asuntos y no sólo de los suyos. 4) Por último, el autor distingue el 'culto' -que ha ido perdiendo vigencia- *del que posee un título académico*, este último sería el intelectual que crea una jerarquía burocrática, según sus criterios de distinción -a través de las carreras de la administración civil-. Advirtiendo de la uniformidad de la educación en la sociedad industrial.

Utilizaremos estas categorías también para caracterizar lo que llamaremos "intelectual independiente" que constituye una forma especial de relacionarse con las ideas y los actores de su tiempo, que si bien puede tener sus preferencias -en este sentido deja de ser independiente-, no se someten a ningún partido o definición. Esta independencia no es absoluta, si el determinismo completo es impracticable en cualquier área de la sociología, lo es mucho más cuando pretendemos abordar el estudio de un grupo de individuos cuya característica principal es 'ir a la deriva' y puede, por lo tanto, participar, por delegación en una gran diversidad de movimientos sociales e instituciones, dada su *pertenencia débil*.

Pensar que los universos de la sociedad, donde se producen realidades diferentes como son el arte, la literatura o la ciencia, no pueden ser diferentes bajo todas estas relaciones, es no comprender el campo del poder. La categoría de intelectual así propuesta es aquel que realiza un tipo de comprensión independiente y que no reduce su pensamiento a las invasiones de una ideología dirigida. La pretensión entonces es una investigación libre -que no significa sin compromiso- también aferrada a una base social en la cual además de los sectores obreros incorporaríamos las clases medias independientes, es decir, las capas sociales donde aparece un tipo de *intelligentsia*, relativamente independiente, que suele reclutarse a sí misma. La existencia de este extraño, en una sociedad altamente institucional es precaria y penosa de soportar en la medida que no se inserte en una acción transformadora.

Debemos ser conscientes, entonces, que si queremos entender el papel de los intelectuales que ordinariamente no reflejan la corriente de moda, no nos quedaremos con el intelectual que se encuentra simplemente en la cresta de la ola institucional. En este sentido, la sociedad determina las alternativas -el campo ideológico-; pero sin duda, las minorías independientes pueden ampliar ese marco, desempeñando su función en un proceso de organización en grupos de presión contestatarios,

donde los dos bandos de la clase en conflicto suelen imprimir su sello en la interpretación pública de las cosas. De esta manera, los intelectuales que van 'contracorriente' y cuestionan el sentido común implantado a través de una ideología dominante, a veces logran desempeñar su función de políticas alternativas, cuando estas existen, o creándolas, cuando estas no existen. Pero esta función trae nuevas tensiones frente a su compromiso en el dinamismo de su pensamiento.

Configuramos una imagen de un intelectual con capacidad de poder, posición definida por su capital simbólico, entendido como capital de reconocimiento y en muchos casos de consagración. En este sentido, la noción de campo literario o artístico, dice Bourdieu, está destinada a dos reducciones de sentido opuesto: por un lado, una reafirmación de la irreductibilidad del mundo del arte o de la literatura así constituido "el universo de excepción" ignorando las estrategias, los intereses y la existencia ordinaria; por otro lado, y en sentido inverso, se puede reducir el mundo del arte a eso contra lo cual está construido, reduciéndola a esas estrategias, intereses y luchas que tienen lugar en el campo político o la existencia ordinaria.

Así, para Bourdieu⁸, nos encontramos con un malentendido, los intelectuales ya no ejercen dominación -como en otros tiempos- a través de las relaciones personales, si no que la ejercen a través de una dominación estructural ejercida por mecanismos muy generales como son los del mercado. En esta posición contradictoria de dominantes-dominados y de dominados entre los dominantes, sirve para aprovechar la analogía con el campo político, de izquierda y de derecha, tratando de resolver la ambigüedad de la toma de decisión que implica esta posición inestable. Los intelectuales contestatarios, en rebelión contra aquello que se llama la burguesía, dirigen una forma de lucha interna al campo cultural y al mismo tiempo experimentan nuevas formas que ofrecen sus servicios simbólicos a lo que sería una política considerada de izquierda. Aquí se encuentra el punto de relación entre los dos campos. Este intelectual -que entenderemos de izquierda- se sirve de su capital específico conquistando un proceso de autonomía garantizada por la autonomía del campo, lo que le permite intervenir en el terreno de la política. Tal sería el caso de Hernández Arregui, y en menos intensidad el caso de Real de Azúa.

Creemos que todas estas categorías pueden definirse en base a un tiempo definido, las ideas e ideologías que los intelectuales producen sólo pueden abordarse teniendo en cuenta la situación de sus autores y a partir de la reconstrucción del escenario, más amplio, donde éstos actúan. Construyamos ese escenario argentino-uruguayo para luego insertar a nuestros autores y sus ideas en conversación al campo ideológico de su tiempo.

Reconstruyendo el campo ideológico de la época

La irrupción de las masas en Argentina 1943- 1976

La elección de la década del 40 para iniciar nuestro trabajo no es arbitraria, responde a los grandes cambios que se realizaron en el país en lo político, lo ideológico, lo económico y lo cultural.

Los proyectos de país que se habían realizado en el siglo XIX significaron la conjunción de pensamientos y proyectos políticos donde el rol de los intelectuales y la clase política habían estado mancomunados ; tal fueron los casos de Sarmiento, Alberdi, Avellaneda, entre otros. La fusión que

8 Bourdieu, P. 'Cosas dichas' Gedisa, México, 1995. Pág. 144

se había configurado entre las elites políticas e intelectuales en el siglo XIX, había desaparecido en la década de los 40.

Durante el siglo XX esta articulación sigue siendo inexistente, entre otras causas por el creciente autoritarismo de las clases dirigentes, a lo que se sumó el golpe militar de 1930 y los 10 años de fraude electoral que erosionaron las bases democráticas y culturales del país. Sin duda, fue un momento iniciático de la polarización que habría de fracturar la Argentina hasta nuestros días.

Ni el gobierno constituido por Juan Domingo Perón a partir de 1946, ni los gobiernos basados sobre la exclusión del peronismo, permitieron saldar el antagonismo que gestó la escisión.

La sucesión de gobiernos civiles y militares no lograron si no ahondar la crisis política que culminó con la dictadura más feroz que haya conocido el país en 1976.

La antinomia peronismo-antiperonismo resultó imposible de saldar. Debido a ello la construcción de un ideario político transitó los más diversos escenarios. Se sucedieron populismo, autoritarismo, desarrollismo, liberalismo, neoliberalismo que produjeron una serie de contradicciones significantes que abarcaron no sólo la esfera política sino también lo social y lo cultural.

Así, el papel del intelectual en este período sufrió todos los embates. Se entremezclaron caminos, se produjeron variaciones, diferentes conocimientos, acusaciones y situaciones paradójales.

Las ideas o familia primitiva de ideas, tales como nacionalistas, liberales, católicos o marxistas sufrieron este proceso de modificaciones y cambios a menudo inconsistentes e incomprensibles para el conjunto de la sociedad. Tales transformaciones afectaron también los ámbitos de la vida política haciendo difícil la articulación teórico – práctica.

Más que desde la perspectiva histórica, abordaremos la temática desde los cambios que evidencian las categorías centrales del análisis sociológico.

La historia argentina en el período seleccionado, fue la de un país enfrentado, polarizado en opciones antagónicas “la crisis política se volvió un dato crónico, y la violencia (o la amenaza de usarla) fue instalándose como recurso habitual de la pugna”⁹

El hecho peronista 1946-1955

La figura de Perón, un oscuro coronel que participó en el golpe de 1943, fue emergiendo hasta transformarse en un caudillo popular. La cuestión del “populismo” hacía su aparición en la Argentina. Nun define esta situación “para designar a movimientos y a regímenes políticos que hacen una fuerte invocación al ‘pueblo’ como unidad social homogénea y como sede exclusiva de valores positivos y permanentes que deben ser rescatados y sostenidos frente a poderes económicos y políticos que los amenazan”¹⁰

Aceptando la casi unánime caracterización realizada por los estudiosos del gobierno peronista, los cuales plantean tres nítidos períodos, destacaremos el primero como el de una gran bonanza económica que abarca 1946-1949. El lapso posterior, donde el gobierno pierde pujanza y se comienzan a advertir los primeros signos de la crisis toma los años 1949-1952, para concluir con el golpe de estado de 1955.

9 Altamirano, Carlos. “Bajo el signo de las Masas”. Bs. As. Ariel/ 2001 Pág. 12

10 Nun, J: “Populismo, representación y menemismo” en “Peronismo y Menemismo”.Bs. As/ Ed. El Cielo por Asalto / 1995. Pág. 74.

El señalamiento principal del primer período es la elaboración del “Primer Plan Quinquenal” 1947-51; dicho plan no es un conjunto homogéneo de medidas transformadoras de estado. En 1946 se estatizó el Banco Central asegurándose el Estado un amplio control de la moneda y de los créditos. Se crea el instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), organismo regulador de la exportación de cereales y cuya estatización permitió al gobierno disponer de gran parte de las divisas. Se compraron además servicios claves como ferrocarriles, teléfonos, gas, de navegación fluvial, etcétera.

Durante este primer período se realizaron en el sistema político profundos cambios: Estatuto del Peón Rural, el voto Femenino, la creación de la legislación de protección al menor y al anciano.

La base del triunfo peronista había sido el Laborismo, partido de corta historia, dirigido por Cipriano Reyes, uno de los artífices de la campaña electoral. Otro sector que se incorpora al partido son los jóvenes de FORJA (Fuerza Orientación Radical de la Joven Argentina); son radicales y, si bien numéricamente no constituyen una gran fuerza, sí poseen un vigoroso discurso político que los lleva -en 1945- a incorporarse al movimiento popular. La pujanza de figuras como Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, José Hernández Arregui dan un nuevo tono político. Formaron parte del gobierno de Provincia de Buenos Aires gobernada por el Coronel Mercante, hombre clave en este período. La prédica nacionalista de este grupo tuvo una vasta influencia sobre todo en los sectores juveniles.

Pero, sin duda, el pilar del partido lo constituyó el movimiento obrero: los años 1946-1949 marcaron la fase de consolidación y de reformas sociales dirigidas a dicho sector. La actitud favorable a los obreros se puso de manifiesto con una serie de medidas y leyes prontamente aprobadas por el Poder Legislativo y sancionadas por el Ejecutivo. Así, se crearon el ministerio de Trabajo, escuelas profesionales para obreros, se establecieron estatutos que permitían por primera vez a los trabajadores el derecho a la protección contra accidentes, contra enfermedades, jubilaciones, etc. Pero también en este período debemos señalar el desplazamiento de aquellos dirigentes obreros renuentes a los planes de integración al gobierno. De esta manera se transformó a la Confederación General del Trabajo (CGT) en un órgano semiestatal sobre el que se estableció un importante control.

Conjuntamente a las instituciones estatales se crearon organizaciones semiestatales. En este sentido debemos destacar la obra de Eva Perón quien, desde la Fundación que llevó su nombre, financió proyectos sociales de las más diversa naturaleza: hospitales, escuelas, colonias infantiles, etcétera.

Evita liberó a su marido del papel de líder de los trabajadores, lo cual le permitió a Perón que su pretendido rol de representante imparcial del estado y árbitro de la nación resultara más plausible. También el sometimiento de los sindicatos fue obra de Eva Perón quien atacó sin piedad a los dirigentes tradicionales. Sin duda, ella sintió también la urgencia de la emancipación política de las mujeres; así bregó sin cansancio y sin concesiones hasta lograr el sufragio femenino. El 1er Plan Quinquenal incorpora a su texto, el respectivo proyecto de ley, el cual fue aprobado por ambas cámaras entre fines de 1946 y principio de 1947. El poder ejecutivo, lo promulgó el 23 de setiembre de 1947 y Perón le obsequió a su mujer un lujoso ejemplar encuadernado. Esto permitió el acceso al voto de 2.500.000 mujeres. Como consecuencia de todo ello en julio 1949 se funda el Partido Peronista -rama femenina- y Eva se convierte en su presidenta.

La relación del presidente con el ejército durante esta primera etapa fue óptima, si bien algunos sectores no respondían incondicionalmente a su gobierno, hasta 1959 pudo aislarlos y neutralizarlos.

Se esforzó además por satisfacer sus necesidades profesionales y mejoró de manera decisiva las condiciones de vida de todos los cuadros de las fuerzas armadas.

La reforma de la Constitución en 1949, permite la reelección del Gral. Perón en 1951 con más de 60% de los votos. Pese a ello percibimos ya algunas fisuras en la relación de Perón y el ejército; el sorpresivo intento de Eva Perón de ser candidata a la vicepresidencia como compañera de fórmula no es ajena al clima de tensión que se crea.

En 1951 dos grandes acontecimientos acentuaron el malestar: la expropiación de "La Prensa", respetable periódico ligado a la historia nacional y la sublevación del Gral Benjamín Menéndez quien se subleva el 28 de septiembre al frente de un destacamento de 200 hombres con tanques trata de que Campo de Mayo. Tres son los militares insubordinados: el Coronel Sauréz y los generales Lonardi y Menéndez quienes mantenían muy buenas relaciones con partidos de la oposición. A un mes y medio de las elecciones esta prematura rebelión sólo sirvió para que Perón endureciera su posición con respecto a la oposición y sometiese a una mayor vigilancia a las FF.AA.

EL 17 de octubre de ese año fue fastuosamente festejado: el "día de la lealtad" contó por primera vez con un desfile de destacamentos militares, y la CGT otorgó medallas a los oficiales y suboficiales que reprimieron el levantamiento. Aparentemente según opina Rouquié todas estas medidas tendieron a colocar a las fuerzas armadas en una situación de inferioridad con respecto a la central obrera. A partir de octubre de 1951 la lealtad al líder iba a reemplazar la subordinación constitucional al jefe de estado. La adulación y el culto a la personalidad alcanzan niveles agobiantes: los nombres de Juan Domingo Perón y Eva Perón aparecen rebautizando desde ciudades, hasta regimientos del ejército.

La prematura muerte de Eva Perón el 26 de julio de 1952 acelera los cambios en el gobierno peronista. El Gral. Perón privado de su principal sostén político se vio obligado a concentrar su atención en la base de su movimiento: los estrato bajos. Ese "puente entre Perón y los descamisados" había desaparecido.

Tal como señalábamos a partir de 1949 la coyuntura económica cambió. Atrás habían quedado los tiempos sin problemas; se avecinaban grandes conflictos. El tercer y último período lo ubicamos a partir de 1953. El gobierno debió conformarse con objetivos mucho menos ambiciosos; ya no consagró sus esfuerzos al crecimiento sino a conservar sus propias posiciones de poder. En este sentido se recurre a medidas coercitivas y en muchos casos la afiliación obligatoria al Partido Peronista significó un rápido crecimiento de éste y un brusco aumento del poder del partido; pero también contribuyó al resentimiento de amplias capas de la sociedad que cuestionaron la legitimidad del régimen.

La visita de Milton Eisenhower no contribuyó por cierto a mejorar la imagen antimperialista del General Perón. Las catástrofes parecen abatirse sobre el gobierno: una sequía como no se conocía desde 1914 destruye gran parte de las áreas sembradas y el "pan negro" tan despreciado aparece en las mesas argentinas.

Pero quizás el elemento detonante de una situación cada vez más conflictiva sea el enfrentamiento de Perón con el poder eclesiástico que hábilmente había logrado eludir para conformar "la comunidad organizada". Si bien la cúpula jerárquica eclesiástica había dado un total apoyo a la candidatura de Perón en 1951, los prelados más jóvenes veían con desconfianza al adoctrinamiento de las mujeres y los niños que se deba a través de la obra social peronista, instituciones como la UES (Unión Estudiantes Secundarios,) o el rol de la rama femenina.

La declaración de guerra era un hecho. El 12 de junio grupos de choque lapidaron la catedral: el 14 fueron expulsados dos prelados a Roma. Los miembros del gobierno argentino que tomaron esta medida fueron excomulgados. Por fin, el 16 de junio la Marina apoyada por sectores de la Fuerza Aérea, se insubordinan, y tras descargar algunas bombas sobre la Casa Rosada, ametrallaron en Plaza de Mayo a una multitud. La CGT, a través de la radio, convoca a una concentración donde la multitud es otra vez ametrallada por los aviadores sublevados, quienes ya perciben la falta de apoyo de otros sectores del ejército y huyen hacia Uruguay.

Al atardecer de ese día comandos peronistas incendian varias iglesias del centro de Buenos Aires; la Curia es destrozada. la violencia ha llegado a su máxima expresión. Perón, por consejo del Gral. Lucero trata, en un discurso, de pacificar los ánimos, pero sobre todo de cohesionar a un ejército ya irremediamente dividido. Culpa a los comunistas y a los marxistas ateos. De todas formas se abre una brecha pacificadora y los partidos opositores pueden manifestarse. Si bien figuras como Arturo Frondizi o Vicente Solano Lima aceptaron el diálogo ofrecido por Perón, el Partido Radical, el Socialista y el Conservador, lo rechazaron y continuaron sus acuerdos con sectores cada vez más amplios del ejército.

El 31 de agosto en una carta dirigida a la CGT y al Partido Peronista, Perón ofrece retirarse. No se habla de renuncia, sólo de retiro. Pero la respuesta es inmediata: una enorme concentración en Plaza de Mayo reclama a su líder y la consigna es "la vida por Perón". Finalmente éste aparece en el balcón donde realiza un encendido discurso: "yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del 45: a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor, y desde ya establecemos una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades o en contra de la ley o la Constitución puede ser muerto por cualquier argentino..." y "cuando uno de los nuestro caiga, caerán cinco de ellos"¹¹.

Las interpretaciones de este virulento discurso son muchas; pensamos en el intento de Perón de una vuelta al 45, con una nueva apelación a las masas y a que el movimiento volviera a sus orígenes con los "desposeídos". El llamado es tardío, las instituciones, partidos y sindicatos están demasiado corruptos y burocratizados para cualquier cambio.

El 20 de setiembre de 1955 se inicia el golpe de estado, o la llamada "Revolución Libertadora". La suerte estaba echada para este período histórico del peronismo.

En el mismo se observó un proceso de radicalización en su interpelación a las masas, con un contenido profundamente antiliberal y antioligárquico; no obstante esto, aceptó los límites impuestos por el sistema y su proyecto no rebasó el de un "desarrollo del capitalismo nacional". Esta fue una clara limitante en su ideario transformador y como consecuencia se articuló con otros elementos sin contenido popular.

Si el discurso peronista tuvo un innegable éxito en construir un lenguaje popular-democrático, éste fue debido a la homogeneidad social de la Argentina, de población urbana ampliada, con un sindicalismo organizado, y un amplio desarrollo de las capas medias. Además de ello el nuevo estilo de conducción dio a su líder una excepcional capacidad de persistencia en la fidelidad popular, incluso con posterioridad a su caída.

11 Perón, J.D "Historia del Peronismo" / 1952/ Mimeo Pág. 95

Si bien es cierto que durante el gobierno peronista existió un límite en los antagonismos, éstos fueron imposibles de controlar cuando el peronismo fue proscrito y comenzó a reorganizar sus cuadros desde la base.

Presentaremos algunas interpretaciones que haremos para este período histórico.

Evidentemente el papel del líder en la fundación del movimiento fue esencial, sobre todo, si a esta caracterización de Perón le incorporamos el carisma que poseyó. Utilizamos la definición weberiana del término: "El carisma sólo conoce la determinación interna y la restricción interna. Quien posee carisma se apropia de la tarea que cree adecuada y exige obediencia y fidelidad en virtud de su misión..."¹²

De tal forma pensamos que el justicialismo respondió a las metas establecidas por su fundador. Sin embargo, queremos destacar la heterogeneidad de muchas de estas medidas como así también la dificultad de pensar políticas alternativas para la Argentina del 40-50.

Queremos también señalar la tensión dialéctica entre líder y pueblo, sobre todo si aceptamos que el proyecto popular fue no sólo consensual sino que a veces superó a Perón en organización y demandas, e intentó recrear un pensamiento "nacional y popular" en un sentido gramsciano. Así la construcción de una voluntad colectiva nacional y popular superó en mucho al ideario peronista.

Resumiendo, pese a los intentos de neutralización del pueblo por parte de la clase dominante, éste desarrolló antagonismos que no pudieron ser resueltos, Por el contrario, ellos han permanecido casi intocados desde los años 50. La historia posterior demostró que efectivamente la capacidad articuladora del líder fracasó, y en este sentido parte de las masas dio un paso adelante en el proyecto de "comunidad organizada" desarrollado por Perón. La dialéctica de la creación y el consentimiento, la especificidad de la política en la crisis del estado peronista, la mediación institucional de las prácticas ideológicas y su efectividad social, la naturaleza de los antagonismos democrático-populares y los problemas de cambio no pudieron ser resueltos por el peronismo.

En suma, queremos destacar la innovación y la relevancia de la política cultural peronista. En este sentido apuntamos a la importancia decisiva que tuvieron los medios de comunicación masiva. En la instrumentación de una nueva manera de formar y conformar ideología. no sólo se dio la presencia y el contacto directo de Perón y Evita con la masa, sino que la radio primero, el cine y la televisión por último, plantearon políticas culturales inéditas en el país. Estas tuvieron un contenido ideológico altamente heterogéneo. Por un lado, un contenido "ordenador" de la propaganda que se basó esencialmente en el "culto a la personalidad" y un arte Kitch; por otro lado, existieron sectores minoritarios que reivindicaron un arte nacional y popular.

El tercer aspecto que queremos señalar es que la caída de Perón en 1955 sumergió al país en una crisis política de la cual no ha podido salir hasta nuestros días, pese a todos los experimentos realizados: autoritarios, democráticos, autoritarios más profundos.

Por último, al hablar de crisis entendemos con Habermas que éstas "surgen cuando la estructura de un sistema de sociedad admite menos posibilidades de resolver problemas que las requeridas para su conservación."¹³

Así, el sistema político argentino comenzó un proceso de disolución y quiebra.

12 Weber M. "Economía y sociedad, México, FCE/ 1968 Pág. 662

13 " Habermas J. "Problemas de legitimación del capitalismo tardío" Buenos Aires, Amorrortu /1975 . Pág. 28.

Creemos no poder determinar con exactitud las perturbaciones que han sufrido las estructuras normativas y si realmente éstas se hallan tan dañadas que la sociedad se ha vuelto anómica. Lo que sí podemos afirmar es la pérdida de una identidad que impide a las nuevas generaciones reconocerse en la tradición que antes tuvo carácter constitutivo. De la recomposición de un discurso que genere capacidad de autogobierno depende el futuro del país.

El liberalismo en la “revolución libertadora”

La autodenominada ‘revolución libertadora’ comenzó su periplo sin poder establecer bases unificadas entre los miembros participantes en el golpe. La dicotomía entre los sectores, incluso militares, que pretendían formas de pacificación con la consigna “ni vencedores ni vencidos” pronto chocó contra el proyecto de despersonar el país de la gran mayoría de militares civiles e intelectuales. Tanto fue así que el sólo hecho de tener una foto de Perón o Evita se convirtió en un delito.

Así la asunción del general Pedro Aramburu significó un cambio radical en la conducta gubernamental y la restauración liberal. Se tomaron medidas drásticas como la disolución del partido peronista, se intervino la CGT y se llegó a fusilar a los militares y civiles que participaron en un intento de golpe de Estado en 1956, incitando la vuelta de Perón al gobierno.

También el proyecto liberal y la vuelta a la esencialidad de la producción agraria conformaron una propuesta muy importante del nuevo gobierno que volvió a definir el país como agropastoril.

A pesar de todas las medidas tomadas, el denominado “fenómeno peronista” persistía. En función de ello fue tematizado no sólo en los ámbitos gubernamentales sino también por el conjunto de la sociedad. Así se realizaron mesas redondas, debates, discusiones, convocadas sobre todo por agrupaciones políticas y por grupos universitarios. En algunas facultades y en algunas cátedras el análisis de este fenómeno pasó a ser definido como un tema esencial.

Si en un principio en el campo discursivo sólo se escucharon críticas y acusaciones de dolo, de autoritarismo hacia el peronismo, en el año 1956 se comienzan a alzar voces disonantes con la política oficial. Así, Ernesto Sábató, sin ceder a una impugnación intransigente al general Perón, denuncia: “Debemos valientemente reconocer que no todo lo que sucedió durante esa década fue negativo y destructor, ya que las grandes multitudes advinieron a la vida política de la Nación, y un fuerte e irresistible sentimiento de justicia social se elevó como un clamor que ya nadie puede desoir”¹⁴ Pero también otros intelectuales sensibles y más atentos comenzaron a llamar la atención sobre los problemas en el campo popular buscando a través de revisiones autocríticas los elementos más contradictorios en los cuales se había instalado el discurso de la elite liberal.

La revista ‘contorno’ dirigida por Ismael y David Viñas, se transformó en vocero de una creciente crítica.

Mientras tanto, la conocida revista Sur, dirigida por la señera figura de Victorio Campo permanecía imperturbable en su oprobiosa definición del “dictador”.

También los intelectuales peronistas comenzaron a tallar fuertemente en la discusión, la llamada izquierda nacional comienza a publicar libros revulsivos, en el caso de Arturo Jauetche ‘Los profetas del odio’ en 1957 o ‘El retorno al coloniaje’ en 1955 o el caso del autor que nos ocupa Hernández

14 Sigal, Silvia. “Intelectuales y poder en la década del sesenta”. Bs. As/ Ed. Punto Sur/ 1991. Pág. 142.

Arregui 'Imperialismo y cultura' en 1957, definían el peronismo como la realización histórica más avanzada de lo nacional-popular.

Las disidencias en el campo intelectual, se trasladaron rápidamente al espacio político y económico. Un informe de Raúl Prebisch parte aguas en los temas que serían a futuro áreas de discusión: las relaciones entre el país agrario y el país industrial, las función relativa del Estado y la iniciativa privada en el desarrollo económico, el papel del capital extranjero y por fin el abastecimiento energético.

Pero el tema fundamental que recorría la política, la economía y sectores de lo social era la primordial tarea de 'desperonizar' la economía y asimilar ese vasto sector de la población que continuaba siendo fiel a su líder. Como afirma Terán "ese mito se obstinaba en relatar una y otra vez que el peronismo era un fenómeno que no formaba mundo dentro de un escenario nacional normalizado, por más que por su duración y apoyos populares gritara literalmente lo contrario. Para aquella tenaz creencia el movimiento mayoritario era de carácter episódico y estaba artificialmente promovido por una demagogia que una vez carente de ese mismo estado permitiría el rápido desmantelamiento de sus efectos más gravosos de la conciencia de las masas"¹⁵.

El desarrollismo y su proyecto:

A partir de los últimos años de la década del 50 el discurso relativo al desarrollo fue como un universo en expansión. Los mejores representantes de este pensamiento fueron sin duda Rogelio Frigelio y Arturo Frondizi. Este discurso permitió el triunfo de éste último, quien asumió su gobierno en mayo de 1958. Desde antes fue un activador fundamental de la propagación del pensamiento desarrollista. Sin embargo, durante su gobierno no siempre estuvo en sintonía con dicho pensamiento, dado que muchas de sus medidas no se correspondieron a un desarrollo nacional sino, quizás, lo contrario.

Otro de los pensamientos que tuvo una enorme influencia de carácter internacional fueron las propuestas de la CEPAL. El esquema Centro-periferia para describir el reparto desigual en la economía mundial, a lo que se sumaron los proyectos modernizadores que configuraron los ejes de la discusión económica con una influencia notable sobre la política.

La discusión planteaba, entre otros tópicos si ¿era la Argentina un país sub-desarrollado o más bien un país en desarrollo? Esta discusión, que permeó todos los ámbitos, llevó a los liberales a afirmar que el proyecto desarrollista era una variante más del estatismo o del dirigismo económico. Dicho diagnóstico afirmaba que el mal argentino provenía de la intervención del Estado en la economía. En el prefacio del libro de Federico Pinedo 'Porfiando hacia el futuro' Alberto Duhau afirmaba: "un ideal: la libre empresa. Un solo enemigo: el dirigismo económico"¹⁶.

En cambio Arturo Frondizi fue sin duda uno de los políticos que anticipó que sin el peronismo o con el peronismo proscripto no se podía gobernar. Esta definición dividió al radicalismo entre el sector más recalcitrantemente antiperonista y la UCR -Unión Cívica Radical- intransigente, esta última comandada por Frondizi con un tinte más moderno e intelectual, con un órgano que logró una gran difusión, la revista "Qué". Participaron en ella sectores peronistas, jóvenes radicales, sectores del partido comunista, en una palabra, representantes de los más diversos ámbitos del movimiento nacional.

15 Terán Oscar: " Nuestros años sesentas", Bs. As / Ed. Punto Sur/ 199. Pág. 45.

16 Altamirano. C :Ob. Cit Pág. 61.

Tal como afirmábamos, el triunfo de Frondizi supuso el primer acuerdo entre Perón en el exilio y una fracción de la dirigencia política. Si bien Frondizi y Rogelio Frigerio -'cerebro gris' - negaron el pacto con Perón, las masas populares siguiendo las indicaciones de su líder apoyaron a la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), permitiendo su triunfo.

Sin embargo, el actor fundamental en esta escena, los militares veían con profunda desconfianza este proceso político y pronto comenzaron las desavenencias. El gobierno civil fue constantemente jaqueado por las fuerzas militares, a lo que se sumó el descontento de los sectores sociales más progresistas que se vieron afectados por las reformas del gobierno en el área educativa -reconocimiento de la Universidad Católica-, lo que desató una dura controversia entre las consignas "educación laica" y "educación libre". Asimismo los contratos con capitales extranjeros para la explotación de los yacimientos petrolíferos exacerbaban más aún los ánimos.

En lo político debe agregarse el rechazo de sectores civiles y militares que veían con profunda desconfianza todo intento integrador del peronismo. Estos por su parte, habrían de emplear todos los métodos que tenían a su favor (control de los sindicatos, el capital de votos o la acción directa) a través de los cuales presionarían para legalizar su pertenencia al sistema político.

El gobierno trató de conformar a unos y otros, pero finalmente no satisfizo a ninguno. El triunfo en 1962 en la provincia de Buenos Aires del candidato peronista a gobernador Andrés Framini aceleró el golpe de Estado de marzo.

Nuestros años sesenta

La revolución cubana expresó el estado de la beligerancia de los sectores más rezagados del continente latinoamericano. Su repercusión en la Argentina afectó todos los sectores sociales. Una imagen de igualdad, valor, ética y futuro promisorio catapultó a la Revolución Cubana y sus héroes -Fidel y el Che- que pasarán a ser la representación simbólica de una mística revolucionaria que impactó a gran parte de la pequeña burguesía, de los sectores intelectuales y de algunos sectores obreros. En este último sector, se conformó lo que se denominó 'el clasismo combativo'. Estos son casi 12 años en la política argentina donde se experimentaron todos los embates de sus distintos sectores corporativos: el ejercito, el sindicalismo y la clase política.

Aparece también la guerrilla emergente entre la Revolución Cubana y el Cordobazo de 1969. "La izquierda organizó entre los años 60 y 70 los grupos revolucionarios más numerosos del Cono Sur y difiere de ellos en la significación que esta izquierda revolucionaria tuvo para la política argentina. Esta ingresó legítimamente a la escena política gracias a su sector peronista, fue crucial para el retorno de Perón a la Argentina, después de 17 años de exilio y consecuentemente muy importante para la restauración democrática de la democracia en 1973" (Ollier M.:17).

El antagonismo de las distintas posiciones desarrolló núcleos de alta tensión que irreversiblemente conducirían a primero: el golpe de 1966 y diez años más tarde al cruel golpe del 76. Es notable que los antecedentes de golpes militares y la actitud mesiánica de estos como así también la permanente tutela y el llamado destino manifiesto hizo que creyeran en la posibilidad de transformarse en los hacedores de la patria. En esta discusión con respecto no sólo al peronismo, sino también al papel de los gobiernos civiles se dan en 1963 los enfrentamientos entre militares: los autodenominados azules (legalistas) y colorados (golpistas). En esta puja triunfaron los militares azules, permitiendo la

continuidad de el vicepresidente Defrondici hasta el intrincado proceso eleccionario en 1963 donde resultó electo Arturo Illia, médico cordobés perteneciente a la UCR del Pueblo. Su gobierno se distinguió por romper con el FMI, asimismo reformular las concesiones realizadas a empresas extranjeras y un estilo de gobierno que podíamos denominar moderado y gradualista. A pesar de ello, tuvo que enfrentar a un peronismo aglutinado sobre todo en la CGT dirigida por Pandor, también al liberalismo cuyo más conspicuo representante fue Mariano Gorondona y su prédica golpista y por fin a los militares. Sin duda, esta conjunción de frentes golpistas produjo un inestable equilibrio que no podía durar y así dos años y medio más tarde el general en jefe Onganía realiza el ya anunciado golpe de Estado. De acuerdo a la proclama militar, estos habían llegado para quedarse. El nuevo presidente católico ultramontano, sin cualidades políticas, anticomunista obsesivo, autoritario, con concepciones rígidas e inmodificables, como lo define Luna (Luna:87), trajo como consecuencia que una de las primeras medidas es la intervención a las universidades nacionales, acto conocido como “la noche de los bastones largos” por su violencia y agresión a profesores universitarios.

Este acto significó el desmantelamiento de las universidades y el exilio de los más prestigiosos investigadores y docentes. En cuanto a la política económica fue de neto corte monetarista que significó una drástica devaluación del peso en un 40%, desprotegiendo toda actividad considerada poco eficiente y descapitalizando los sectores productivos nacionales, lo que significó una importante liquidación de la industria nacional y como consecuencia de fuentes de trabajo.

El creciente autoritarismo produjo un importantísimo descontento popular y el comienzo del accionar de la guerrilla en abril de 1969, con la toma de armas por parte de un grupo de jóvenes en Campo de Mayo.

Pocos meses después se declaran huelgas y levantamientos en las ciudades de Rosario y Córdoba lo que determinará el comienzo del fin.

Una represión indiscriminada y la muerte de jóvenes produce la Pueblada conocida como “El Cordobazo”. La respuesta es la clausura de periódicos, la intervención de la CGT y la persecución de dirigentes políticos. La falta de comprensión de la realidad y la actitud mesiánica de Onganía afirmando que permanecería gobernando por 15 o 20 años más, aceleró el descontento militar.

En este panorama incierto la muerte del general Aramburu secuestrado por los montoneros pone su signo trágico en la historia y conduce a la revocación del mandato de Onganía. Asume el general Levingston, quien acude a medidas económicas sólo paliativas de la compleja realidad, con lo cual se desata una importantísima inflación. En el orden político, el gobierno comienza a trabajar con una base considerada neoperonista a lo que se agregan dirigentes de origen desarrollista. Pero también los partidos han comenzado a salir de su ostracismo y el peronismo y la UCR del Pueblo junto con tres partidos pequeños comienzan a realizar acuerdos que culminarían con un entendimiento llamado “la hora del pueblo”.

La intransigencia es la respuesta del presidente militar y estos consideran necesario el reemplazo del General Levingston. Es entonces que asume en 1971 el tercer titular de la Nación, Comandante en jefe del Ejército Alejandro Lanusse, quien llamó a un gran acuerdo nacional, para realizar dicho relacionamiento civil militar que permitiría una salida electoral.

Había terminado el ciclo de la “Revolución argentina”, la pretensión política de Lanusse significaba incluir al peronismo, pero como contrapartida exigía la desautorización de Perón a la violencia, es decir, a la guerrilla montonera, como así también la renuncia a toda candidatura.

La opinión pública condenaba cada día más al partido militar, con lo que la capacidad de obra del presidente era cada vez más reducida. Perón utilizó muy inteligentemente las contradicciones de los militares y los civiles antiperonistas lo que le permitió el triunfo electoral con 'esa juventud maravillosa' el 25 de mayo de 1973. El 20 de junio Perón regresa al país y en Ezeiza se desata una matanza. Las heridas siguen abiertas.

Derivas de la historia uruguaya

Centremos ahora nuestra atención en la historia de la formación política uruguaya, particularmente en el período que va desde la posguerra hasta 1955-1959, época en la cual llegan a su fin las estrategias "hegemónicas transformistas"¹⁷, llevadas adelante por los sectores articulados en la estructura de poder.

Luego referiremos al período 1955-1973 en que deviene, conjuntamente con el "agotamiento de un modelo de desarrollo" impulsado por el neobatllismo pero con anclaje en el impulso reformista proveniente de los gobiernos de Baldomir y Amézcaga¹⁸, el derrumbe de las articulaciones consensuales que dieron lugar a una sociedad "amortiguadora", aunque no exenta de tensiones¹⁹

Tomamos aquí el concepto de hegemonía en términos gramscianos: "liderazgo político, intelectual y moral" de los agentes políticos articulados a las clases sociales, pero no constituidos como reflejo de las mismas. Al hacerlo, se coloca el énfasis en los aspectos consensuales que coconstituyen, junto con la coerción, mecanismos de poder político.

Decir que la hegemonía es transformista implica sostener que las diferentes fracciones de la clase dominantes intenten integrar a los sectores subalternos de modo tal que a nivel político no se conforman sujetos en oposición antagónica.

Dicha construcción hegemónica se origina en el Uruguay a principios de siglo con el proyecto del dado a llamar "primer batllismo" o "batllismo temprano". El mismo interpelará a los sectores populares como sujetos de ciudadanía a través de prácticas discursivas organizadas en base a diferencias y no a antagonismos, cumpliendo, de esta forma, un papel integrador²⁰: "*La lucha de clases puede tener*

17 Con este término, que acuña Francisco E Panizza, nos referimos a "...el proceso por el cual los sectores dominantes en una sociedad intentan bloquear la emergencia y consolidación de una fuerza antagónica a través de la absorción y neutralización selectiva de sus demandas y/o del intento de cooptar a sus representantes políticos en el bloque de poder" (Francisco E. Panizza. "Uruguay: Batllismo y después". Montevideo/. Ed. Banda Oriental/1986. Pág.14

18 Como señalan Gerardo Caetano y José Rilla "La manera como el Uruguay había procesado la transición política, las transformaciones en la economía y en la sociedad, así como las múltiples consecuencias derivadas del Estallido de la Guerra Mundial convergían en un cuadro propicio para la restauración, rumbo que tomó una vez más la forma de un proyecto reformista similar al del primer Batllismo. Como hemos visto, el nuevo impulso reformista había comenzado ya durante las administraciones de Baldomir y Amézcaga, e incluso esta última había contado con una discreta pero efectiva conducción batllista"

19 El concepto de amortiguación no hace referencia a la inexistencia de tensiones en la sociedad uruguaya, aunque sí involucra la idea de no existencia de "tensiones extremosas". Las diferencias entre uno y otro tipo son analizadas en términos comparativos con la historia de Brasil y Argentina. Metodológicamente la comparación se basa en periodizaciones - (etapas)- reconocibles en los tres países.

20 Cave diferenciar dos tipos de discurso, teniendo en cuenta, como lo hacen Laclau y Mouffe (1985) si las cadenas de equivalencia tienden a dividir el espacio político en dos campos antagónicos, o si en base a diferencias tratan de integrar al interior de la comunidad política al conjunto mayor posible de los integrantes (ellos/ nosotros). Los primeros tipos de discursos, a diferencia de estos, son de ruptura (pueblo/ oligarquía).

su justificación en ciertos pueblos europeos, donde se hallan de un lado los que mandan y los que explotan y del otro los que obedecen y son explotados, pero no entre nosotros donde no se podría encontrar una línea divisoria entre una y otra clase.”²¹

Esta ciudadanía, a diferencia del “modelo Europeo”, se constituirá primero en lo económico social antes de darse plenamente en el ámbito de la política. Para concretar el “proyecto” fueron idóneas las ya constituidas estructuras partidarias.

Del primer Batllismo a la crisis

Como es sabido, en el Uruguay los dos partidos tradicionales, nacidos con la independencia, sobrevivieron desde la sociedad “pastoril y caudillesca” a la urbana y de servicios del siglo XX.²²

Particularmente el Batllismo se modeló como partido moderno²³ en estrecha vinculación al Estado. La participación directa en el gobierno de los poderes dominantes económicamente se fue reduciendo y emergió la política como práctica profesional, de forma tal que la “clase política” desarrollará intereses propios.

Es justamente desde el Estado que se promoverán cambios en relación a la economía, el proceso de industrialización, la política cambiaria y fiscal, las políticas sociales y la legislación laboral.

Estas características dan peculiaridad al proceso iniciado a comienzos del siglo pasado, particularidad que queda visible no bien se realizan análisis comparativos con los países vecinos. Sólo a modo de ejemplo recordamos que Batlle llegó por primera vez a la presidencia e 1903, o sea 13 años antes que Yrigoyen, con el cual se le suele comparar. Mientras en la Argentina la prosperidad económica que se vivió, con momentos de mayor auge, desde 1905 a 1920, benefició a los gobiernos conservadores-oligárquicos, la misma coyuntura en Uruguay favoreció al Batllismo. Esto significa, como lo señala Panizza que “mientras Yrigoyen estaba luchando por el poder, Batlle estaba actuando desde el poder”,²⁴ con las implicaciones que ello tiene en torno a las dificultades que los radicales tuvieron, una vez llegados al gobierno, para desarticular la relación oligarquía/ aparato estatal, la cual, dicho sea de paso, no fue del todo doblegada.

Si el primer Batllismo se caracterizó por llevar adelante la tarea conjunta de democratización y modernización en un mismo período histórico, el segundo puede ser definido como un intento de restauración de aquel modelo, pero en un contexto de ocaso de la hegemonía británica y consolidación de la norteamericana, resultante -en parte-, del triunfo aliado y la posterior constitución de la “Guerra Fría”.

En 1929 el impacto de la crisis capitalista golpea la ya menguada economía nacional Uruguaya, quedando al descubierto en la misma problemas de carácter estructural asociados a la posición asimétrica en la economía mundial.

21 J. Batlle y Ordoñez – “El Día” 30 de noviembre de 1919

22 La centralidad que han tenido los partidos en la constitución de la historia política uruguaya a llevado a caracterizarlos en términos de partidocracia, (Gerardo Caetano, José Rilla, Romeo Pérez /1987). Con ello se hace referencia a “...la fuerte configuración electoralista del sistema político” característica que por otra parte data efectivamente de las primeras décadas del siglo pasado.

23 En este período cobraron fuerza los llamados “partidos de ideas”, se institucionaliza la oposición nacionalista y la sociedad comienza a politizarse, lo que no obstaría para que el duelo siguiera siendo un instrumento de dirimir conflictos de la vida política, como se evidencia en la muerte de Washington Beltrán un viernes Santo de abril de 1920

24 Panizza, Francisco. Ob. Cit. Pág. 31

En ese mismo año fallece José Batlle y Ordóñez, sin que ello signifique la desaparición de ciertas líneas de continuidad en términos de algunas políticas estatales e de proteccionismo económico y social, las cuales subsisten incluso bajo la ruptura institucional que se da con el Golpe de Estado de Terra, en marzo de 1933; golpe, que sin lugar a dudas, representa la llegada al gobierno del ala derecha del reformismo.²⁵

La llamada “dicta blanda”, apoyada por las fuerzas policiales y con la neutralidad benevolente de las Fuerzas Armadas, constituyó un proceso de relativa baja tensión. Fue por ello que “*no fue difícil encontrar una salida cuando las razones y el impulso de excepción quedaron agotadas*”.²⁶

Varios factores incidieron en la transición política. La clave social y económica la podemos encontrar en la imposible superación de la crisis del sector agropecuario y el dominio lento del sector industrial; ello fue acompañado por la diversificación y ampliación del mercado externo y la consolidación de la intermediación financiera, donde cumpliría un papel central la banca estatal.

Al finalizar los años de la Guerra dichos cambios se consolidan debido al aumento en la demanda de nuestros productos.

En el plano internacional se iría abandonando la “neutralidad” para acompañar las propuestas norteamericanas en materia de política exterior, lo que no pudo cuajar en la implantación de bases navales en el territorio uruguayo debido a la oposición del Herrerismo y un pequeño sector de la izquierda independiente.

La política desarrollista

Fue la industrialización el sostén económico sobre el cual anclaría el neoballismo: “*Por ella se luchó en forma encarniza, con más pasión que planificación y con la confianza absoluta que tuvo en la postguerra la nueva generación de economistas, científicos sociales y planificadores del sistema internacional en el paradigma cepalino*”²⁷. Entre 1945 y 1946 la tasa anual de crecimiento fue del 8%, mientras que en EE.UU. lo era del 3%, 5,5% en Europa, y en la Unión Soviética un 8%.

Durante la presidencia de Luis Batlle Berres (1947- 1955) se consolida el “modelo de sustitución de importaciones”, sostenido por las divisas que seguían proviniendo principalmente de los excedentes de las exportaciones agropecuarias.

En lo ideológico, orden y justicia social fueron -al decir de Panizza- elementos clave, donde, y a diferencia del primer Batllismo, la armonía de las clases no era considerado un fenómeno natural sino producto de la mediación estatal.

El objetivo de la mediación era evitar el “capitalismo injusto”. Pese a este discurso, los trabajadores no eran interpelados en cuanto su identidad de clase, sino en cuanto ciudadanos, cuando no como potenciales militantes colorados: “*Entiendo pues, que hace bien el obrero que quiere entrar*

25 Dicho quiebre institucional implicó un claro fraccionamiento de los partidos. El presidente, que había sido electo por el Batllismo, se asoció a los sectores riveristas y al Herrerismo, representante del tradicional sector rural ganadero. Se opusieron al golpe la casi totalidad del batllismo, el futuro Partido Blanco Independiente, la Unión Cívica, el Socialismo y el Comunismo.

26 Azúa, Real : “Uruguay, ¿ una sociedad amortiguadora?”. Montevideo/ Ed. Ciesu- Banda Oriental/ 1984 (Pág. 57.)

27 Rama, Germán: “La Democracia en el Uruguay: Una perspectiva de interpretación”. Montevideo /Ed. Arca Montevideo/ Pág. 65

*en organizaciones sindicales para resolver sus problemas. Pero entiendo que los que no lo quieran hacer, pueden respaldarse en el batllismo que es el gran sindicato de la libertad".*²⁸

El "modelo reformista", aplicado desde el Estado continuo, no sin altibajos, hasta mediados de los cincuenta.

Durante el gobierno del sucesor de Luis Batlle, Andrés Martines Trueba, se implementaran nuevos cambios institucionales, los cuales cristalizarán en 1952 con la aprobación de un nuevo sistema colegiado integral en la organización del poder ejecutivo.

En este mismo año, se radicaliza la lucha por la reforma Universitaria, ya de viejo cuño, consagrándose la autonomía universitaria en el art. 205 de la nueva Carta Magna. Pero será en el primer rectorado de Cassinoni que se logre la ley orgánica vigente. Hacia el año 58 quedará sellada la alianza entre sindicatos y estudiantes que, según algunos analistas, contribuyó a la derrota del partido colorado.

Crisis económica y reforma constitucional marcaran el comienzo del fin de lo que ha dado a llamarse el neoballismo.

Los comienzos del autoritarismo

Para entonces, factores externos e internos concurren para que finalmente, en 1958, el partido Nacional desplazara a Luis Batlle, quien durante el interregno 55- 59 fuera presidente del Consejo Nacional de Gobierno.

Entre los factores externos debe destacarse la caída en la demanda de los productos latinoamericanos, la caída de los términos de intercambio, la creciente intervención estadounidense en forma directa y el comienzo de la escalada en el endeudamiento externo. A nivel interno es dado señalar el ya problema estructural del sector ganadero, al que se le suma el agrícola; la falta de innovación tecnológica, el mercado interno pequeño, la falta de visión empresarial etc.

Las viejas prácticas consensuales llegaron a su fin, multiplicándose los conflictos entre los sectores industriales y ganaderos²⁹ -que constituían el bloque en el poder-, y los sindicatos obreros. Se inicia una puja por la redistribución frente a un Estado que va perdiendo su capacidad de arbitrar. Las luchas particularistas toman primacía en la escena ante la imposibilidad de reconstruir un proyecto de cuño nacional.

Con la victoria nacionalista Herrerista y aún más la del ruralismo, retorna el sector ganadero en su intento de ejercer su hegemonía., aunque los resultados demuestran nuevamente su incapacidad para pasar de "clase dominante" a "clase dirigente", es decir, hegemónica.

Algunas cifras resultan ilustrativas: entre los años 59-60 mientras el costo de vida aumenta en un 38.5%, afectando principalmente a los asalariados urbanos, el precio de la tierra se triplica, el precio del ganado en pie subió de 60 centésimos el kilo a más de dos pesos y se duplicó el ingreso de los estancieros por la venta de lana. Esta tendencia sin embargo no duró mucho, entrando en declive luego del 60.

28 Luis Batlle Berres 5/12/52

29 Se concluye el pacto implícito que los sectores ganaderos exportadores e industriales habían mantenido y por el cual nunca hubo cambio en la tenencia de la tierra, entrando sólo en negociación los precios, el nivel de cambio de la moneda y el crédito.

Signó el período un rumbo liberalizador en la conducción económica³⁰ que se plasmó en diciembre del 59 en la Ley de Reforma Monetaria y Cambiaria. Un año después se firmará la primera cara de Intención con el FMI.

Los resultados de este primer gobierno blanco arrojaron déficit en la balanza comercial y la de pagos, el crecimiento del PBI fue menguado, creció la desocupación, no hubo recuperación del salario real, aumentó la deuda externa y se incrementó la actividad económica especulativa.³¹

La segunda presidencia blanca (1962), a pesar de algunos intentos por superar la ortodoxia fondomonetarista, no arrojó resultados más promisorios. Espiral inflacionaria, estancamiento, aumento de la actividad financiera especulativa que devino en crisis bancaria –recordemos la quiebra del Tranatlántico y el Regional-, y nueva orientación hacia el FMI.

No menos significativo fue en este período el aumento del gasto público como resultado de una estrategia clientelística de carácter complejo puesto que *“en la medida en que ambos partidos y las fracciones dentro de cada partido tenían acceso a los recursos del sistema de clientela, no existía una única cadena de relaciones clientelísticas sino una multiplicidad de redes en competencia mutua, lo que en cierta medida fortalecía la posición del cliente”*.³² Como consecuencia las confrontaciones gobierno. Empleados públicos se transformaron en una de las tensiones del período.

A esto debe sumarse el fraccionalismo creciente de los partidos políticos, lo cual queda claramente ejemplificado cuando constatamos que en 1962 los partidos Colorado y Nacional presentan 17 y 53 listas para Montevideo y 146 y 204 si se toman los 19 departamentos. Dicha tendencia se profundizará para 1966: en Montevideo fueron 23 y 56 y en el país 239 y 229.

Este año marca una nueva reforma constitucional con regreso al presidencialismo y aumento de las facultades del ejecutivo.

Será el partido colorado quien en 1967 asuma el gobierno, llevando al Ejecutivo al Coronel Gestido; su muerte, el seis de diciembre de 1967, dio paso a la figura del hasta entonces vicepresidente: Jorge Pacheco Areco, quien en 1968 constituye lo que dio a llamarse el “gabinete empresarial” a quien Vivían Trías calificaría de “gabinete de latifundistas y banqueros”.

El Pachecato marca el comienzo de la conducción autoritaria enmascarada con la legitimidad que da el proceso electoral en un país históricamente dado a constituir su identidad en función de su participación en cuanto ciudadano.

Gobernará bajo medidas prontas de seguridad y por decreto, censurará la prensa y declarará ilegítimo a siete partidos de izquierda. Durante su gobierno morirían tres estudiantes³³ y dos obreros, costo alto que pagaron los sectores populares por la baja de la inflación que Pacheco logró mediante la congelación de precios y salarios, salarios que incrementaría en su último año de gobierno como estrategia electoral para su reelección.

30 Entre otros cambios vale la pena recordar: la puesta en marcha del cambio único y libre, la eliminación de subsidios y como consecuencia de la fijación de los precios internos, la liberalización de importaciones y exportaciones, se adoptan medidas en concordancia con las exigencias del FMI.

31 Así lo expresan Gerardo Caetano y José Rilla en “Historia Contemporánea del Uruguay”. Montevideo/ Ed. Fin de Siglo/ 1994/ Pág.211

32 Paniza, Francisco. Ob. Cit. Pág. 126

33 El 14 de agosto del 68 matan a Liber Arce; meses después a Susana Pintos y Hugo de los Santos. En 1971 y 72 serán asesinados Heber Nieto, Julio Spósito y Joaquín Klüver.

Para entonces el MLN ya incursionaba en acciones de guerrilla urbana. Recordemos algunas fechas claves: febrero de 1969, asalto a la casa financiera Monty; en junio del mismo año vuelan la planta de General Motors en Sayago; el 9 de setiembre secuestran a Gaetano Pellegrini; el 8 de octubre se produce el copamiento de la ciudad de Pando.

Por su parte el movimiento Sindical Uruguayo, de vieja data, conformado con una fuerte independencia del Estado y ya unificado en la CNT, se opondría a los costos de los nuevos ajustes en una acción reivindicativa rutinaria, con prácticas que por pertenecer a el viejo modelo redistributivo no lograban sino apenas contener la transferencia de la crisis hacia ese sector. En tanto el movimiento estudiantil, por su parte articulará sus reivindicaciones a nuevas prácticas: contracursos, ocupaciones, manifestaciones, uso de cóctel Molotov.

Sin dudas se está frente a una crisis de identidad producto de la combustión de los mecanismos articuladores que permitieron caracterizar la sociedad uruguaya de “hiperintegrada” o “amortiguadora”.

En este clima se producen las elecciones del 71 en que la ciudadanía de pronuncia contra la reforma constitucional que propone la reelección. No obstante apoya a Juan María Bordaberry, quien llega al gobierno – ley de lemas mediante-, con un 41% del electorado, frente a algo más del 40% del partido Nacional, y el 18,3% del Frente Amplio, nueva coalición de izquierda liderada por el hoy fallecido General Liber Seregni. Strictu sensus, a Bordaberry sólo acompañó el 22, 8 del electorado mientras que Wilson Ferreira Aldunate, candidato del partido Nacional, obtendría el 26,5 de los votos.

Bordaberry asumirá el gobierno en pacto político con el quincismo de Jorge Battle y el elenco de tecnócratas e él vinculado. El objetivo emprendido fue un fuerte reajuste para el logro del equilibrio macroeconómico. En este caso las cifras son contundentes: caída de un 17% del salario real en 1972, incremento del endeudamiento externo en más de un 15%, disminución de las pasividades en un 2%, caída del 3,3 en el PBI, crecimiento inflacionario.

El 27 de junio de 1973, las Fuerzas Armadas, quienes desde el 71 tenían a su cargo la lucha antisubversiva, “dan el golpe de Estado”.

Para entonces el Movimiento de Liberación Nacional ya había sido militarmente derrotado y no constituía un enemigo potencial.

De hecho, el golpe de Estado fue dado en dos etapas. En la primera, y previa crisis institucional debido a la no aceptación por parte de las Fuerzas Armadas del General Francese como Ministro de Defensa, el presidente de la República firmará el llamado “Acuerdo de Boisso Lanza” por el cual crea el Consejo de Seguridad Nacional, integrado por mandos militares y con la atribución de sostener la seguridad para generar desarrollo de la Nación. En la segunda, Boraberry decretará la disolución de las Cámaras.

Frente a la situación, la sociedad Civil no logra, o no quiere, organizar una respuesta unificada. Algunos sectores de la izquierda vieron en los comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas la posibilidad de un contragolpe progresista al estilo Velasco Alvarado. La huelga que llevó adelante el movimiento sindical fue quebrada en pocos días, 15 para ser precisos. El 11 de julio la CNT resuelve el levantamiento. Por su parte el movimiento estudiantil, desalojó los locales de la Universidad ante la amenaza del uso de la violencia por parte del General Ministro Bolentini. El 8 de octubre la institución sería intervenida.

Fin de la partidocracia, intensificación de la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Tendrán que pasar 12 años para que, y a través de una salida pactada, comiencen a reconstituirse los mecanismos de funcionamiento democrático, pero en un contexto económico altamente trasnacionalizadas, estados nacionales debilitados, y endeudamiento externo que estrangula las posibilidades de desarrollo; a lo que debe agregarse los cambios culturales que deconstruyen las otroras identidades nacionales.

Si en 1985, aunque con limitaciones, se recuperó la ciudadanía política, aun hoy las dimensiones sociales y económicas de la misma son rémoras del "Uruguay Feliz".

Del contexto al creador y su creación

Juan José Hernández Arregui: un Intelectual Nacional

Ser intelectual y peronista significaba y significó durante muchas décadas, estar fuera del sistema institucional de reconocimiento de sus pares escritores, investigadores o artistas. Esto era estar fuera, ser un "paria". Pero en el caso de Hernández Arregui tuvo una doble implicancia, por una parte quedó exiliado del grupo opositor al gobierno, en el que participaban reconocidos pensadores de la elite tradicional; por otra significó quedar al margen de la dirigencia que acompañó al peronismo, tanto en las universidades como en los ámbitos más importantes del medio cultural. Dichos ámbitos quedaron en manos de un Nacionalismo Católico, sin una visión plural de lo que podía significar un espacio de unión entre la cultura nacional y los espacios populares.

Desplazado rápidamente del gobierno peronista, al igual que otros intelectuales de izquierda, se refugió en la enseñanza universitaria, para la cual poseía no sólo un título de doctor en filosofía sino, además, una enorme cultura casi enciclopédica.

Se había formado bajo la tutela de Rodolfo Mondolfo, filósofo Italiano que tuvo una importante responsabilidad en la enseñanza de la Filosofía en el Río de la Plata. Su gusto por la filosofía clásica fue transmitido a varias generaciones. En el caso de Arregui, el impacto determinó que el mismo se transformara en un particular expositor de las ideas de los filósofos presocráticos, los sofistas griegos, Platón y Aristóteles. Extraña conjunción entre su adscripción política peronista, nacional y popular y su exquisita elección intelectual.

En su paso en cargos de gobierno había despertado la desconfianza entre sus pares. Sus ideas radicales con respecto al papel que debería cumplir el Peronismo, esto es acentuar su enfrentamiento con una oligarquía que mantenía sus inmensas riquezas, su influjo cultural sobre ciertos sectores de clase media y la capacidad de sus intelectuales de permear la cosmovisión de los argentinos. Esto último se hacía evidente en la propensión de la clase media, favorecida económicamente por las políticas peronistas, a admirar el prestigio oligárquico.

Al ser expulsado de sus cargos políticos, se recluyó en la tarea docente, primero en la Universidad de la Plata y luego en la de Bs. As., en las cuales se conformó una generación de intelectuales en torno a las ideas marxistas-populares.

La "revolución libertadora" que termina con el gobierno Peronista en 1955 significó para nuestro autor una doble exclusión; como docente y como político. Confinado al ostracismo se transformó en un

escritor desarraigado de los medios académicos e intelectuales tradicionales que retomaron antiguos cargos en el poder público, como fue el caso de Borges como Director de la Biblioteca Nacional.

Como consecuencia de lo expresado en el párrafo anterior, Arregui sobrevivió austeramente con el magro sueldo de maestra de su esposa; no obstante nunca dejó de militar en el peronismo proscrito, lo que le valió amenazas, desprecio de la “pequeña burguesía” e intelectuales de derecha y, por supuesto cárcel³⁴.

Tres polémicos libros, escritos entre 1957 y 1963, configuran su adscripción política intelectual: “Imperialismo y cultura” –editado en 1957–; “La formación de la conciencia nacional” –en 1960– y “¿Qué es el ser nacional?” –editado en 1963–. Esta fermentar escritura se construye como resistencia polémica a los duros años del “gorilismo”.

polémica que también sostuvo con la “izquierda no peronista”. Intensificando su formación marxista y desde ella, calificó a estos sectores de cipayos.

El proceso como intelectual lo conduce a reflexionar cada vez más desde la perspectiva sociológica, como evidencia las siguientes afirmaciones en torno al concepto del “ser nacional”: “Es preciso, entonces, denudar el ser nacional de sus pretendidas connotaciones ontológicas, de su brumosa irracionalista. El concepto ser nacional es, en primer término, un concepto general y sintético, compuesto por una pluralidad de subconceptos subordinados y relacionados entre sí. En consecuencia debemos averiguar si tal concepto abstracto tiene un correlato objetivo, a fin de resolverlo en componentes verdaderos. En definitiva, el concepto ser nacional, debe ser sometido a lo que en sociología se llama análisis factorial, consistente en la descomposición de sus factores reales –Geográficos, tecnológicos, histórico culturales, etc.– cuya totalidad material agota el contenido formal del concepto. De lo contrario, hablar de ser nacional sin decir en qué consiste, aparte de los equívocos apuntados, es pura esterilidad del pensamiento”³⁵

A partir de 1958 las vicisitudes de la historia nacional, el comportamiento estratégico de Perón, suscitaban algunas dudas con respecto a la conducción del líder desde su exilio en Madrid. El apoyo a la candidatura de Frondizi, el descabezamiento del secretario político de Perón –John W. Cooke– de indudable impronta de izquierda, y su reemplazo por ignotas figuras están en la base de su preocupación por la errática política.

Peso a ello mantiene su lealtad a Perón; en una carta que entrega a Américo Barrios le dirá: “deseo que le exprese al General Perón mis respetos y mi solidaridad de Argentino. En la modestia de mis ideas espero ser útil al movimiento que es el de la nación misma, con el libro que estoy preparando”³⁶

Los años siguientes lo encontrarán escribiendo en cuanto diario o revista de izquierda apareciera, casi todos ellos de aparición fugaz: “El popular”, “Santo y Seña”, “Democracia”, “Descartes” etc. También se dedica con ahínco a dar conferencias en los lugares más alejados y pobres del país; invitado por la CGT diserta sobre la cuestión nacional en Salta, Tucumán, Santiago del Estero u otros. Su prolífica labor y la virulencia de sus ataques a los distintos sectores liberales y de izquierda, le suman enemigos.

34 Hernández Arregui : “Qué es el ser nacional”. Bs. As. Plus Ultra, 1973 (Pág 16).

35 ¿?

36 Cit. En Galazo, Norberto. “J. J Hernández Arregui : “Del Peronismo al socialismo”.Bs. As. Editorial del Pensamiento Nacional. 1986 (Pág. 93)

Mientras tanto que en la cultura oficial se ignora totalmente los libros de JJ. Hernández Arregui, estos tienen una gran difusión sobre todo entre los jóvenes que han comenzado a descubrir “lo nacional y popular” del movimiento peronista.

Soy peronista porque soy marxista

El golpe militar de 1962 es denunciado en forma virulenta por Arregui, particularmente en lo que refiere al nuevo papel del ejército, el cual ha dejado su impronta Sarmantiniana para convertirse “en opresor del pueblo”. Esto le cuesta la cárcel nuevamente; es conducido Caseros

Producto del acelerado deterioro del gobierno, nuestro autor produce un libro que es el resultado de conferencias realizadas en el norte del país. (¿Qué es el ser nacional?).

En el mismo define el ser nacional como “una comunidad establecida en el ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizado en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes, conservada en la memoria del pueblo y amuralladas, tales como representaciones colectivas en sus clases no ligadas al imperialismo, en una actitud de defensa ante embates internos y externos que, en tanto disposición revolucionaria de las masas oprimidas, se manifiesta como conciencia antiimperialista, como voluntad nacional de destino”³⁷

Ante la continuada proscripción, Perón comienza lo que ha sido llamado “su giro a la izquierda”. Esto es recibido con alborozo por una militancia obrera, sectores estudiantiles y clase media, cada vez más radicalizada y en oposición a una CGT que negocia con cada uno de los gobiernos de turno.

Los años siguientes lo encontrarán escribiendo y luchando en cada lugar donde surja un grupo de izquierda peronista. Así se incorpora al grupo Cóndor, cuya definición es Marxista-Peronistas.

Para entonces, ese rostro de Jano que es el peronismo, muestra su peor cara. La derecha sindical, promovida por Augusto Vandor, apoya el golpe militar de 1968 y trata de crear lo que se dominó “un peronismo sin Perón”.

La respuesta, desde un sindicalismo clasista, es la formación de lo que se denominó la CGT de los Argentinos, organización que facilitará la tarea de difusión del pensamiento de Arregui, quien trabajó en constante contacto con los sindicatos GRAFICOS, FOETRA, NAVALES, etc.

“Nacionalismo y liberación”, libro editado en 1969, apela a la interpretación marxista de la historia. En su prefacio el autor sostiene que entre nacionalismo y marxismo no hay incompatibilidades.

Tal como señalamos con anterioridad, 1969 es un año de eclosión revolucionaria en Argentina.

Arregui participa de los movimientos, ayudando a los sindicalistas clasistas y desarrollando una relación más estrecha con ellos. En particular, la relación con el Sindicalista Revolucionario Raimundo Ongaro, le permite sentir que es posible aunar el principio básico de Marx: pensamiento y acción.

Los turbulentos años de los 70 lo muestran en lucha permanente contra la dictadura militar, contexto en el cual se intensifica la acción guerrillera tanto desde filas marxista clásicas como peronista. Recordemos que Perón no desautoriza este accionar, lo que produce serios enfrentamientos con el gobierno de turno.

37 Hernández Arregui, JJ. “¿Qué es el ser nacional”. Bs As. Edit Peña y Lilio. 1963 (Pág. 11).

En este período de los sectores medios transformará a Hernández Arregui en el intelectual de izquierda más importante del peronismo, hacia el convergerán los núcleos jóvenes en busca de inspiración para recrear un pensamiento nacional – popular.

Los años siguientes contarán con el apoyo del autor para el logro del triunfo de la Fórmula peronista, la cual contaba con fuerte apoyo de la denominada por el General “juventud maravillosa”.

Consolidado el triunfo electoral las expectativas de izquierda serán frustradas por la creciente derechización del movimiento.

Cuando en 1974 le llega la muerte a Hernández Arregui en Mar del Plata, encuentra a un hombre profundamente desolado por la inequívoco desconocimiento de la problemática popular, acompañada de represión

Real de Azúa

Real de Azúa: ¿un eterno extranjero?

‘Si vagar es la liberación de todos los puntos dados en el espacio, y es conceptualmente contrario a la fijación en estos puntos, la forma sociológica de “el extranjero” presenta la unidad de estas dos características’ (Simmel G.:1).

Creemos que Real de Azúa, su vida y su obra, puede ser analizada respecto a esta definición del ‘extranjero’ presentada por Simmel. A lo mejor, de allí se explica el nombre “Real de Azúa: de cerca y de lejos” que Coteló pone a su libro parafraseando el primer escrito del autor sobre su viaje a España. Esa *cercanía lejana* se constata por una posición que busca situarse en los bordes de lo definido, quedando así atrapada en las definiciones de las que intenta desnudarse. ‘Su posición como miembro pleno [de un grupo] involucra ambos: estar fuera y en confrontación a este (...) lo que produce una forma de coordinación y consistente interacción’. Se opone a ser estereotipado, ‘fijado’, peregrinación continua que se presenta como huida a lo ‘estático’, esto se delata no sólo en su ‘iconofobia’, como llama Lisa Block a su rechazo a ser fotografiado, sino su continua oposición al panóptico disciplinario de la ordenación planificada, tal vez de allí se disparen sus profundas críticas al batllismo.

Esa solitaria pre-sencia, figura callada en su vida Real, es capaz de des-silenciar lógicas sociales, explicaciones sociológicas que dan cuenta de nuestra historia. Los aportes y recorridos son muchos, abogado pero en general sin enfoques jurídicos, profesor de teoría literaria, género en el que escribió poco. Historiador que funda las ciencias políticas y al contar con su reconocimiento en el área pasa a la filosofía de la historia. Su advenedizo pensamiento se plasma en su recorrido disciplinario.

En un contexto donde el exilio era algo frecuente, nuestro autor elige quedarse en Uruguay, sin dejar de ser ‘transfronterizo’, en una constante migración de pensamiento. Una tensión entre el arraigo a su país y un desarraigo a los lugares comunes construidos -y reproducidos- por su población.

Como un bárbaro o *meteco* - el forastero que intentaba establecerse en Atenas y en general no hablaba su lengua- en este caso no fue Platón que advertía la vigilancia del extranjero como atentado a las costumbres, sino un régimen militar que destituye al profesor Real (casi a modo de aplicar una cuarentena) por ser considerado un ‘atentado para el orden’, dejando que silenciosamente y en soledad pase inadvertida la muerte de semejante figura nacional. Descendiente de familias aristócratas, Real

de Azúa intenta *desclasarse* objetivándose y criticando fuertemente a la clase de la cual provenía, tal vez por ello se aplica tan bien la palabra de *paria*, ese individuo en la India que queda excluido socialmente por no pertenecer a ninguna casta.

Por último, rescataremos su carácter aventurero, *goliardo*, su extrema soledad que a lo mejor podría ser interpretada como el esfuerzo por construir y corporeizar una sexualidad diferente a la implantada simbólicamente.

Campo político y campo intelectual: Intelectual y político para RDA

Su movilidad entre afiliaciones político-partidarias lo define como una persona '*políticamente desconfiable*'. Se corrobora la figura del extranjero en la mirada de los otros, plasmándose la movilidad dentro de las relaciones espaciales y simbólicas a través de las relaciones humanas. 'Se corporiza esa síntesis de lejanía y distancia que constituye la posición formal del extranjero'³⁸.

Su actitud y ética intelectual nunca fue atada a su activa militancia social y política, sino al revés. Su búsqueda de las verdades las dirige recurrentemente a través del rechazo de 'la' verdad oficial. Ante su obsesión por el poder, se mantiene corporalmente lejos de este y de su lógica.

El recorrido de su obra es acompañado por un *compromiso* político, que no logra encausarse en un único partido, sino que recorre el interminable dinamismo de su pensamiento. Así, desde una estructura falangista, crítica y va tomando distancia de la hispanidad, recorriendo un trayecto que desemboca en una autodefinition de izquierda, que nunca se reconoce como comunista. Real de Azúa era escéptico de la concepción de poder que desde allí se concebía: la dictadura del proletariado.

Este recorrido ideológico del fascismo al izquierdismo, del hispanismo al latinoamericanismo, va acompañado de una militancia política. Nuestro resbaladizo autor comienza en su juventud militando en Acción Nacional, participa contra el golpe de Estado de 1933, apoya la salida baldomirista en el 38, trabaja para la candidatura de Eduardo Blanco Acevedo, contribuye al proyecto de Benito Nardone, más conocido como Chico-Tazo, pasa a ser eje de referencia en la generación del 45 y participa en la fundación del Frente Amplio en el 71.

*"Me asumo (...) y no pido disculpas. Demasiado ineficiente fui en todas estas salidas para haber causado a nadie un mal objetivo e irreparable. (...) la necesidad que a mí y a otros nos ha acuciado. Esto es: encontrar no en el año 2000 sino ahora y aquí, una salida, una apertura, un take off al estancamiento, al envejecimiento, a la lenta muerte del Uruguay que vivimos"*³⁹

La búsqueda de objetividad no significaba para el autor pasividad -pensar sin actuar-, sino todo lo contrario. El trayecto ideológico de su obra también lo construye a partir de la participación política y un marcado compromiso social. Tal vez la obsesión por comprender una historia nacional encuentra su fundamento a partir de una anhelada coherencia que diera orientación a su accionar.

La tensión generada por el fácil desprendimiento hacia las instituciones políticas lo sitúa en un lugar particular a la hora de buscar la objetividad. Para el extranjero 'objetividad no significa no-participación (que estaría fuera de la interacción subjetiva y objetiva) sino un tipo específico de

38 Simmel, Georg. "The Stranger" de Kurt Wolff The sociology of Georg Simmel. New York. Free Press, 1950 [402-408] Pág. 402

39 tomado de Cotelo R. Carlos Real de Azúa de cerca y de lejos. Cuadernos uruguayos. Ediciones del nuevo mundo. Uruguay, Mdeo. 1987 Pág.24

participación (...) que opera acorde a sus propias leyes, y la eliminación, por consiguiente, de dislocaciones accidentales y énfasis, donde las diferencias individuales y subjetivas producirían diferentes imágenes del mismo objeto⁴⁰.

Acaso esta búsqueda de objetividad se relaciona con su concepto de la libertad. 'La objetividad puede ser también definida como libertad: la objetividad individual no está lindada por ningún compromiso que pudiera perjudicar su percepción, entendimiento y evaluación de lo dado'⁴¹. Como nos dice Cotelo, para Real de Azúa desmarcarse no negaba el compromiso; por el contrario, lo reforzaba éticamente con el ejercicio pleno de la libertad.

'Su vivo interés por las ideas y su historia se combina así con una desconfianza igualmente viva por las ideologías, como enmascaradoras de la realidad, que sobrevive en perpetua lucha con una tendencia igualmente profunda a la adhesión afectiva a ciertos complejos de ideas. Tensión que caracteriza su estilo intelectual'⁴².

Como intelectual, Real de Azúa se sumerge en el colchón ideológico –lo que sostiene la identidad de un terreno ideológico más allá de los significantes flotantes– definiendo los puntos nodales que fijan el significado sólo para luego cuestionarlos. Pone en discusión el sentido común, afirmando que "se modeló en términos conceptuales como imaginativos, una figura de la nación y la sociedad, nueva interpretación de su pasado y presente". Sobre todo el 'último Real de Azúa', aporta a la desmitificación de un fácil tránsito del país hacia la modernidad, a través de 'modelos' de desarrollo de los países desarrollados.

Sabiendo que toda realidad histórica está simbolizada -seguramente por eso Lisa Block lo compare a Roland Barthes- la búsqueda del concepto de democracia para Real era definiendo lo que no era. Así, denunciaba al modelo participativo-democrático por encontrarse frente a una minoría que gobierna de manera elitista. "El poder, se gana más fácilmente obteniendo el favor de los que ya lo detentan que el favor del pueblo", de allí su obsesión contra el Batllismo y sus sucesores. Su crítica no es a la existencia de un sector dirigente, sino el cerrado reclutamiento de esta élite que se coordina para la defensa de sus intereses reproduciendo las desigualdades.

Si se adopta la definición de ideología propuesta por Slavoj Žižek⁴³, como matriz generativa que regula la relación entre lo visible y lo no visible, lo imaginable y lo no imaginable, podríamos decir que Real de Azúa mediante su propuesta agrandaba el campo ideológico, haciendo cuestionar cosas antiguamente no cuestionables.

Sin embargo, estos impulsos contienen su freno. La crítica a cualquier ideología solo puede hacerse desde *otro* corpus de doxa que haga distinguir la ideología criticada. Posiblemente por ello Real de Azúa se obsesionaba por cuestionar todas las respuestas planteadas como realidades definitivas, inclusive las propias ideas, abriendo puertas que llevaban a otras habitaciones laberínticas, sin poder cerrarlas.

Desde esta particular construcción del campo intelectual en relación a la ideología, encontramos los mayores conflictos con la participación en el campo político. Ya Real de Azúa advertía: "*no es frecuente la existencia de estructuras sociales concretas que integran al 'intelectual' en la constelación*

40 Simmel G. Op. Cit. 404

41 Simmel G. Op. Cit. 405

42 Donghi H. tomado de Cotelo R. Op. Cit.

43 Žižek, S. Ideología Un mapa de la cuestión. Fondo de Cultura Económica. 2003. Argentina.

dominante de poder ni es sin graves daños y contradicciones que algunos de ellos (y por períodos breves) lo hacen. Como se comprenderá, punto de dilucidación compleja y acometimiento polémico es este, puesto que se relaciona con temas tan candentes como el de la revolución, las concepciones normativas de la misión de la inteligencia y la índole clásica del intelectual”.

¿Cómo definía Real de Azúa a los intelectuales? Como *“los más destacados entre el conjunto humano de creadores o adaptadores de ideas, contenido, imágenes, expresiones y formas culturales”*⁴⁴.

Desde sus escritos propone que en el siglo XIX, la función intelectual era un deber del patriado, clase alta dotada de un ‘nivel de cultura’ que apoya una organización republicana de gobierno. En el siglo XX, hasta mediados del siglo los intelectuales provenían de nuevas capas medias (comercial, burocrática o pequeña burguesía), atribuyéndoles un rol más bien ‘decorativo’, sin demasiada influencia. ¿Por qué? Real de Azúa responde: la cultura estaba politizada, a través del modelo batllista las instituciones culturales del Estado quedaron dormidas. Desde allí se entiende al batllismo como continuidad en fidelidad a las elites conservadoras. A través de la propuesta basada en altos índices de participación y representatividad se construye un ‘sistema de conciliación o compromiso’ que construye un Estado instrumentador de equilibrios sociales; gran cuerpo y sólido espíritu ‘supra partidario’ que ‘absorbe la cultura’. La cultura pasa por lo político: *“Poco o ningún ingrediente original se hace presente en el sistema justificativo de ideas que sostiene el nivel social superior uruguayo (...) Por ello el material ideológico es, prácticamente sin elaboración”*⁴⁵.

Real de Azúa delinea un escepticismo al gobierno de la mayoría; sin embargo, frente a la inevitabilidad del poder sostiene la necesidad del rivalismo y la competencia popular de las elites que lo ejercen. (lo que acusa al Batllismo de haber eliminado, bajo el mito de la sociedad hiperintegrada). En Uruguay la elección de la elite gobernante estaría digitada, con una prominencia de las clases medias y ‘profesionales liberales’, ante un ascenso defienden una ideología conservadora: *“En cierta etapa creciente del país se pudo apuntar un pasaje regular de la élite intelectual a la dirección política cuando arribó la que es posible categorizar como una tercera generación de los niveles populares en que encontró su respaldo el batllismo. Duró poco. Más estable fue, en cambio, el desplazamiento del elenco burocrático-estatal a la dirección política, ya que implica un tipo de paso que la transformación de la administración en red de arrastre de adhesión partidaria iría haciendo crecientemente regular (...) Tal es el panorama de la concentración del poder dirigente en el Uruguay”*⁴⁶.

A mediados de siglo, frente a la crisis inflacionaria y el estancamiento generalizado, el autor propone la quiebra de la pertenencia de clase a una sociedad global, lo que genera nuevos líderes culturales. Nace la generación del 45’ que representa una contrasociedad. Real de Azúa llega a decir que *“No existe en el Uruguay otra cultura que la que en esa ‘contrasociedad’ se involucra”.*

Sin embargo, frente a la búsqueda de estabilización de la elite que tenía el poder, se acude al recurso de una ‘renovación temporal’ dejando gobernar a la elite empresarial. Es lo que el autor llama la irrupción del ‘intruso político’ -entendido desde Mills: magnate económico que pasa de la desimplicancia política a ocupar altas responsabilidades en el Estado-. Nuestro autor representa un pilar en la generación del 45. A pesar que luego, los acusa de ser ‘animadores culturales’, con ‘pliegues

44 Real de Azúa, Carlos La clase dirigente nuestra Tierra No 34. Mdeo 1969 Pág. 43

45 Real de Azúa, Carlos Ibidem.

46 Real de Azúa, Carlos Ibidem Pág. 25

alienatorios que se vuelca a intereses literarios y estéticos, creando una cultura de consumidores y espectadores de cine, novelas y música extranjeras que no se relaciona con nuestra realidad.

Nuevamente se para desde los márgenes, participa y luego se excluye. La marginalidad en este caso se debe a su independencia y autonomía, a la fidelidad de su propio método. Este es el 'último Real de Azúa', el ideólogo que logra desprenderse del hispanismo y representa un discurso latinoamericanista. "Con un suelo pobre, con un subsuelo peor, con un Estado desquiciador, con un aparato maquinístico descalabrado, con una producción estancada, con una productividad en descenso, con un ideal de holganza y seguridad que mira con horror al trabajo...". Su pronóstico no fue alentador: "Como uruguayos sabemos que un período de irresponsabilidad, malabarismo e ilusión toca a su fin". "La existencia, del sector dirigente unificado o plural, los alcances de su poder, se hacen inseparables de las conveniencias que la potencia imperial considere identificadas con el interés de su dominación y la supervivencia de su propia estructura social del poder".

Acaso sea este compromiso latinoamericano lo que termina excluyendo una vez más a nuestro autor, generando un rechazo en el campo político partidario, pero también en el campo intelectual, por no integrarse al subsistema canónico del colonizador.

Conclusiones

Para internarnos en el campo ideológico que enmarca los debates de una época, nos ha parecido adecuado hacerlo a través de dos autores que rompen con las prenociones de su contexto. Así, se ha seguido un camino propuesto por Bourdieu, desde la teoría de la biografía de los creadores y representaciones de sus "creaciones" se comprenden reinsertándolas en el campo ideológico del cual forman parte. Lo que "expresa, bajo una forma más o menos transfigurada, la posición de una categoría particular de escritores en la estructura del campo intelectual, él mismo incluido en un tipo específico de campo político, que asigna una posición determinada a la fracción intelectual y artística"⁴⁷.

Así, en el análisis de la biografía y el *corpus* teórico de Real de Azúa, encontramos un cierto aristocratismo de la inteligencia, propone a los intelectuales como creadores y adaptadores culturales de una sociedad con un aire elitista, que analiza por qué las estructuras de poder en general los excluyen -de no ser funcionales a estas, como el caso del patriciado en el siglo XIX-. Su cuestionamiento no se dirige tanto al reclutamiento de este grupo, sino a la exclusión y no dinamismo de él al resto de las estructuras sociales. En cuanto a su biografía, podemos decir que corporiza la figura del outsider, un 'extranjero', costo de su búsqueda por la libertad de pensamiento a través de la ruptura continua a lo estático.

El aporte en el campo ideológico por parte de Hernández Arregui, es desde la construcción de un Pueblo que gobierne según sus intereses; por parte de Real de Azúa, la necesaria competencia en el campo popular desde donde conformar la elite gobernante. Uno desde los márgenes del peronismo, otro desde los bordes.

Ambos pensadores, aportan a ampliar el campo ideológico de su tiempo cuestionando 'el sentido común' mediante el que se perpetúa la reproducción de las injusticias sociales y el triunfo del *establishment*.

47 Bourdieu P Intelectuales, política y poder. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1999. Pág. 24.

La tensión entre el campo político e intelectual dentro de un campo ideológico, podríamos concluir que también se relaciona con el concepto de la libertad y liberación, sujeto y verbo. Los políticos necesitan la creación de un 'sentido común' que les permita gobernar -que no es, aunque a veces se transforma en sinónimo de dominar- según una definición y propuesta de libertad sobre la cual se construye la democracia y ciudadanía. En ellos la identificación simbólica e interpelación de los individuos funciona como mecanismo mediante el cual el sujeto se integra a un campo sociosimbólico determinado del que se le pide forme parte. Por parte del intelectual, la libertad sólo sería una utopía que se busca a través de la liberación continua. Las reglas del campo llevan muchas veces a la necesidad de romper con las prenociones y sentido común, para que puedan surgir nuevas ideologías. Diferencias que también son acompañadas por una asincronía en los tiempos de cada campo.

Tensiones que conforman campos más que contradictorios complementarios. En unos, se formará parte desde una posición definida en el campo ideológico, fijando puntos que funcionan como colchón ideológico capaces de conformar una identidad. Para otros, el desafío sería ampliar la matriz y debate ideológico en el que los primeros forman parte.

Los intelectuales cuestionando lo visible y proponiendo lo no imaginable crean nuevas realidades que los políticos podrán implementar. Implementación que necesita de cierta interpelación- identificación ideológica de los sujetos, *reclutamiento* que les otorga un significado *evidente* (que no por ello crea subjetividades homogéneas). Significado que configura una realidad disciplinadora que representa a los intelectuales un nuevo desafío a cuestionar. Como nos dice Bourdieu "paradójicamente, la sociología libera al liberar de la ilusión de la libertad, o, más exactamente, de la creencia mal ubicada en las libertades ilusorias. La libertad no es algo dado, sino una conquista"⁴⁸.

Concluimos que el análisis de la ideología se dará en un círculo funcional en el que los sujetos construyen la ideología y la ideología construye a los sujetos. El cómo se resuelvan estas tensiones históricamente, dependerá de la conformación de los campos intelectuales y políticos en sus instituciones, su relación en base a la inclusión/ exclusión y la aceptación del fracaso de ambos ante la presencia del otro.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos. *Bajo el signo de las Masas*. Bs. As. Ariel/ 2001.
- BLOCK DE BEHAR, Lisa *La visión crítica de Carlos Real de Azúa: el impulso y su freno en 'O discurso Crítico na América Latina'* Instituto Estadual do livro. Editora Unisinas. Brasil, 1996. Pág. 138.
- COTELO R. *Carlos Real de Azúa de cerca y de lejos*. Cuadernos uruguayos. Ediciones del nuevo mundo. Uruguay, Mdeo. 1987.
- BOURDIEU, P *Intelectuales, política y poder*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1999.
- BOURDIEU, P. *Cosas dichas* Gedisa, México, 1995.
- GALAZO, Norberto. *J. J Hernández Arregui: "Del Peronismo al socialismo"*.Bs. As. Editorial del Pensamiento Nacional. 1986
- GRAMSCI, A. *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*. Juan Pablo Editor, 1975, México.
- HABERMAS J. *Problemas de legitimación del capitalismo tardío* Buenos Aires, Amorrortu /1975.

- HERNÁNDEZ ARREGUI J.Jl. *Qué es el ser nacional*. Bs. As. Plus Ultra, 1973
- HERNÁNDEZ ARREGUI, J.J. *Qué es el ser nacional*. Bs As. Edit Peña y Lilio. 1963.
- MALLO Susana, PATERNAIN Rafael, SERNA Miguel *Modernidad y Poder en el Río de la Plata- Colorados y Radicales*. Udelar- FCS. Editorial Trazas. Uruguay, 1995.
- MANNHEIM, Karl *Ensayos sobre sociología de la cultura*, Ed.Aguilar, Madrid, 1967.
- NUN, J: "Populismo, representación y menemismo" en *Peronismo y Menemismo*.Bs. As/ Ed. El Cielo por Asalto / 1995.
- PANIZZA, Francisco *Uruguay, batllismo y después*. Mdeo., EBO, 1989.
- PASQUINO, Gianfranco, "Participación política, Grupos y Movimientos", en *Manual de Ciencia Política*, Alianza Universidad, Madrid, 1988.
- PATERNAIN, Rafael, "Los pozos abisales de la sociología política", *Cuadernos del CLAEH*, No.72, Montevideo 1995.
- PERÓN, J.D *Historia del Peronismo / 1952/ Mimeo*.
- REAL DE AZÚA, Carlos *La clase dirigente nuestra Tierra* No 34. Mdeo 1969
- AUTORES VARIOS *Vigencia de Carlos Real de Azúa*. Montevideo: CIESU: EBO, 1987.
- CAETANO, Gerardo; RILLA, José; BLOCK DE BEHAR, Lisa; SABELLI, Martha; RODRÍGUEZ PEREYRA, Ricardo
- REAL DE AZÚA: *Evocación y provocación.*, Mdeo.
- REAL DE AZÚA, Carlos *Viajeros y observadores extranjeros del Uruguay: juicios e impresiones 1889-1964*.
- REAL DE AZÚA, Carlos *Política internacional e ideologías en el Uruguay*, Mdeo,
- REAL DE AZÚA, Carlos *El impulso y su freno: tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*.
- REAL DE AZÚA, Carlos *Uruguay y sus problemas en el siglo XIX*. Montevideo: CEAL, 1968
- REAL DE AZÚA, Carlos *Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo*, Selección Montevideo: FHCE. DHA, 1987
- REAL DE AZÚA, Carlos *Partidos, política y poder en el Uruguay: 1971-coyuntura y pronóstico*, Selección Montevideo: FHCE. DHA, 1989
- RAMA, Germán. *El club político*, Arca, Montevideo, 1971
- RODRÍGUEZ, Monegal: "Imagen estereoscópica de Carlitos Real" en *Vigencia de Carlos Real de Azúa*. Banda Oriental. Montevideo, 1987.
- SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Bs. As/ Ed. Punto Sur/ 1991.
- SIMMEL, Georg. "The Stranger" de Kurt Wolff *The sociology of Georg Simmel*. New York. Free Press, 1950
- TERÁN, Oscar: *Nuestros años sesentas*, Bs. As. / Ed. Punto Sur/ 199.
- WEBER, M. *Economía y sociedad*, México, FCE/ 1968.
- ZIZEK, S. *Ideología Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica. 2003. Argentina.